

William Thetford, Ph.D.
Biografía

FOUNDATION
FOR
INNER
PEACE



William Thetford, Ph.D. Biografía
Copyright © 1990, 2009, 2019, 2025 Fundación para la Paz Interior
Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción, el almacenamiento en un sistema de recuperación de datos o la transmisión de cualquier parte de esta publicación, en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.), sin el consentimiento previo del editor.

Traducido con la colaboración de Gonzalo García Olagorta y el comité de traducción al español de la Foundation for Inner Peace.

Acerca de *Un curso de milagros*

Un curso de milagros (UCDM o “el Curso”) es un sistema autodidacta, de pensamiento espiritual único, diseñado para despertarnos a la verdad de nuestra unidad con Dios y el Amor. A través de sus enseñanzas, el Curso nos guía hacia un amor y una paz universales, deshaciendo la ilusión del pecado y la culpa mediante un proceso de perdón. Un elemento central de su mensaje es la sanación de las relaciones y, dado que son expresiones de especialismo, las transforma en “relaciones santas”. *Un curso de milagros* es publicado por la Fundación para la Paz Interior (*Foundation for Inner Peace*, FIP), titular de los derechos de autor.

Acerca de la Fundación (*Foundation for Inner Peace*, FIP)

Desde 1975, los escribas de *Un curso de milagros* autorizaron a la Fundación para publicar la versión original del Curso y sus traducciones. La misión de la Fundación, organización sin fines de lucro 501(c)(3), es publicar, distribuir y conversar sobre el Curso.

La Fundación para la Paz Interior ha liderado, hasta el presente, la traducción del Curso a veintisiete idiomas, tomando todas las medidas posibles para asegurar la fluidez y la fidelidad al estilo y significado del original. Además, la Fundación acompaña a los estudiantes del Curso mediante seminarios web mensuales (ofrecidos con traducción simultánea al español), podcasts, libros electrónicos y lecciones diarias en línea, disponibles en siete idiomas.

Para obtener más información acerca del Curso y su historia, y sobre los proyectos que la Fundación está desarrollando, o para acceder a herramientas de estudio, visita acim.org/es. Suscríbete a nuestra lista de correos segura y explora nuestro contenido tanto en inglés como en español ucdm.org.

Envíanos tus preguntas a contacto-ucdm@acim.org.



FOUNDATION FOR INNER PEACE
(FUNDACIÓN PARA LA PAZ INTERIOR)

Tabla de contenido

PARTE I	5
<u>Infancia y juventud</u>	5
<u>Etapas profesionales</u>	8
<u>Roles y responsabilidades en la Universidad de Columbia.</u> <u>Comienzos espirituales</u>	14
PARTE II	21
<u>Conceptos y aplicaciones desafiantes</u>	26
<u>En busca de contexto</u>	29
<u>El Curso se comparte abiertamente</u>	34
PARTE III	38
<u>Publicación y difusión</u>	42
<u>Reflexiones acerca de las relaciones</u>	45
<u>El significado de todo</u>	49
<u>Bill, los últimos años</u>	53
EPÍLOGO <u>Por Judith Skutch Whitson</u>	55

William Thetford, Ph.D.

Biografía

PARTE I

Infancia y juventud

De niño fui criado en la religión de la Ciencia Cristiana. Pero mi hermana, que era dos años mayor que yo, murió cuando yo tenía siete, y desde entonces la religión perdió toda credibilidad para mis padres. Justo después enfermé de escarlatina, y también estuve a punto de morir.

Un día escuché una conversación que mantenían mi madre y el médico a través de una extensión telefónica que estaba cerca de mi dormitorio. Ella no sabía que podía oírles. En esencia, el doctor dijo que yo tenía un cincuenta por ciento de posibilidades de sobrevivir y que, si lo hacía, era probable que quedara inválido. Solo tenía siete años y estaba muy enfermo, confinado en cama. Después de escuchar esto, tomé la decisión de que no iba a ser un inválido y no me iba a morir. Es muy difícil describir o explicar lo que estaba haciendo, pero elegí no prestar



Bill y su hermana, Pat, 1924

ninguna atención a lo que había dicho el médico. En algún nivel, parecía ser consciente de que eso dependía de mí. Mirando atrás, podría decir que tomé la decisión específica de vivir.

Durante los tres años siguientes dejé de ir a la escuela y me quedé en casa, donde mi madre me daba clases. Tenía las articulaciones algo torcidas por la escarlatina y un problema de postura. A los diez años aprendí otra vez a caminar e ingresé a una escuela pública para pacientes con minusvalías y problemas cardíacos. El autobús venía cada mañana a recogernos a mí y a los otros niños. Toda la escuela estaba en la planta baja, así que no tenía que subir escaleras. Recuerdo que teníamos períodos de descanso después del almuerzo. Ese fue mi reencuentro con grupos de compañeros: otros niños enfermos y lisiados. Como llevaba tres años escolarizado en casa, fue un reajuste difícil, pero salió razonablemente bien. Me pusieron en cuarto grado y obtuve muchas promociones dobles y triples en la escuela primaria, por lo



Bill y su madre, 1923



Bill y Pat, 1926

que inicié la secundaria a los doce años.

No sentía mucha estabilidad. Todo parecía muy precipitado, pero nunca consideré que estuviera tomando decisiones espirituales. Más bien, traté de ser normal en la secundaria. Eso me parecía muy importante, porque no quería que me vieran como a alguien diferente. Actuaba como si no hubiera estado fuera de la escuela ni enfermo ni con problemas. Antes de eso, probablemente era un niño típico en casi todos los sentidos, y de repente me di cuenta de que no lo era. Empecé a leer libros porque no tenía nada más que hacer, así que desarrollé una gran capacidad de lectura, muy superior al promedio para mi edad. Aunque no podía participar en actividades deportivas, todo lo demás parecía ir bien.



Bill, 9 años, 1932

En esa época también tuve la sensación de dejar atrás una vida y comenzar otra. Algo con respecto a mi enfermedad parecía una muerte seguida por un renacimiento. Esto marcó el final de mi infancia; fue como si surgiera en mí una nueva persona. Asimismo, era muy consciente de que tarde o temprano tendría que ganarme la vida, algo que debía considerar seriamente. No podía imaginarme yendo a trabajar a un negocio, como la mayoría. Eso me parecía horrible.

Además, a mi padre siempre le preocupaba que yo pudiera terminar viviendo del erario, lo cual no hacía más que aumentar mi preocupación. Él había nacido en una granja al sur de Illinois y tenía nueve hermanos. Eran mineros del carbón, y muy pobres. Más adelante consiguió trabajo en la compañía telefónica y se convirtió en superintendente del departamento de construcción, un buen empleo en aquellos días. A mi padre le preocupaba muchísimo tener un hijo enfermo, tal vez porque no creía que me iba a recuperar lo suficiente como para hacer gran cosa. Era obvio



Bill, 14 años

que yo no podía hacer mucho a nivel físico y eso era lo único que él entendía. Nadie en mi familia tenía educación superior. Cuando obtuve mi doctorado, me preguntó qué iba a hacer con él. Pensó: «Lo cuelgas en la pared y después te dedicas a ganarte la vida». No le parecía que mi doctorado fuera algo muy práctico. Crecí en una familia muy pragmática de clase media baja. Lo principal era sobrevivir. La cultura era irrelevante.

Después de graduarme de la Escuela Secundaria Lindblom en Chicago, en el invierno de 1940, quise ir a la universidad en otra parte. Tenía dieciséis años y carecía de dinero, pero no quería ir a ninguna de las universidades de Chicago. Afortunadamente, gané una beca que cubría todos los gastos para cuatro años en la Universidad de DePauw, en Greencastle, Indiana, una prestigiosa institución superior con altos estándares académicos. Me

pareció un buen lugar y me decidí por ella. No quedaba demasiado lejos de Chicago, así que, con la beca y la ayuda de mi familia, pude costear mis estudios.

Irme a una universidad distante resultó un poco arduo. En mi primer año, me uní a una fraternidad pensando que podía tener un grupo de apoyo lejos de casa. Fue horrible. Yo había llevado una vida bastante tranquila y aquí pasaban cosas día y noche. Era muy difícil enfocarme en los estudios y al mismo tiempo ser un chico más. De alguna manera lo superé. La Segunda Guerra



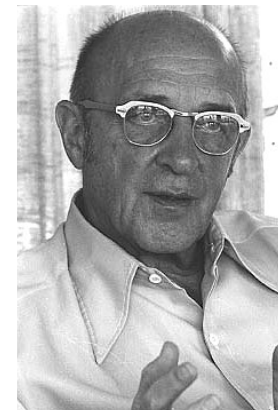
Bill, de la Universidad de Chicago

Mundial comenzó también durante este período. Cuando me gradué de DePauw, en enero de 1944 —unos meses antes de cumplir veintún años—, seguíamos en guerra. Pero fui rechazado para el servicio militar por mi dolencia reumática del corazón. También me aceptaron en la escuela de medicina, así que hubiera podido posponer mi alistamiento de haberlo querido.

La escuela de medicina comenzaba en septiembre en la Universidad de Chicago, y yo necesitaba un trabajo. No tenía los medios económicos para estudiar allí; todo aquel asunto era una fantasía. Pensé que, si trabajaba unos meses, podría tener suficiente dinero para pasar el primer año. Así que conseguí un trabajo en la Universidad de Chicago como uno de los diez oficiales administrativos en el equipo de investigaciones atómicas que organizó la universidad.

Robert Maynard Hutchins, que era el rector entonces, nombró a Lawrence Kimpton director de laboratorio del proyecto de la bomba atómica y oficial administrativo del mismo. Con el tiempo, me ascendieron, me pusieron en la nómina del profesorado, y me dieron oficina privada y secretaria. No fui a la escuela de medicina como tenía planeado porque decidí que debía terminar mi compromiso con ese proyecto. Así que me quedé allí hasta que terminó la guerra en el verano de 1945. Entonces sentí que no había necesidad de continuar, y me pareció buena idea hacer un posgrado en Psicología, pues no estaba seguro de tener éxito en Medicina ni de querer estudiarla. Los profesores fueron muy agradables y me dijeron que, si primero quería obtener un doctorado, después reconsiderarían mi admisión a la escuela de medicina. Yo pensé: «Bueno, está bien». Quería ver cómo era tener un doctorado, pues no sabía en qué consistía.

En realidad, conocía muy poco del tema, pero la psicología me pareció interesante. Carl Rogers, el célebre psicólogo, había llegado a la Universidad de Chicago para comenzar a enseñar en otoño de 1945. Con él llegaron también algunos estudiantes que hacían su posgrado en la universidad de Ohio State, a quienes yo había conocido el verano anterior. Me hablaron del doctor Rogers y de lo que hacía, y sonaba interesante. Sus premisas profesionales se basaban en su teoría de la «mirada incondicionalmente positiva» —o amor perfecto—, y enseñaba que esta mirada era un prerrequisito esencial en la terapia centrada en el paciente. Ahora me doy cuenta de que en realidad enfatizaba la aceptación total en nuestras relaciones, esto es, expresar el amor perfecto. Tomé su primer curso con unos cien estudiantes de posgrado. Carl me hizo ayudante de cátedra para ese curso. Me pareció muy extraño porque yo ni siquiera tenía un máster y era más joven que la mayoría.



Dr. Carl Rogers

Traté de decirle que no estaba cualificado, pero el trimestre siguiente me ofreció ser asistente de investigación. Me convertí en la primera persona de su equipo que no venía de Ohio State. Esa fue quizás una de las razones por las que siempre me sentí un poco extraño y no me convertí en un terapeuta centrado en el paciente. En realidad, hice terapia rogeriana al menos treinta horas semanales durante un año. Pero no era lo que deseaba hacer a largo plazo.

Finalmente obtuve el doctorado. En parte lo quería porque representa una especie de carné sindical. Nunca había conocido bien a nadie que lo tuviera, y parecía muy dudoso que yo fuera a

obtener uno. Así que me sorprendí bastante cuando me doctoré. En esa misma época mis padres decidieron jubilarse y mudarse a la Florida. Mi madre no estaba bien. Tenía esclerosis múltiple y necesitaban salir de Chicago para disfrutar de un mejor clima. Conseguí el doctorado antes de que se fueran y ellos aún ignoraban qué se podía hacer con él. A mí me parecía que doctorarse por la universidad de Chicago a los veinticinco años era algo importante. Pensé que lo deberían haber valorado, pero no fue así, y obviamente me sentí decepcionado.

Con todo, mi doctorado en psicología me llevó a una vida muy diferente, y por primera vez me sentí cómodo de verdad. Carl era un elemento importante, pero me encantaba todo el ambiente universitario. Me gustaba la gente y toda aquella experiencia me emocionaba mucho. Se supone que Chicago es una ciudad fría, pero a mí no me lo parecía. Hice muchos buenos amigos y me sentía bien por primera vez en mi vida. Ese fue otro gran cambio para mí, un cambio muy grande. Estoy seguro de que había relación entre las distintas partes de mi vida, pero la primera infancia parecía no tener nada que ver con la infancia posterior ni con el desarrollo intelectual subsiguiente. Cuando se producían las transiciones, parecía haber una discontinuidad. En esa época no era consciente de ninguna desconexión. Pero, al mirar atrás, veo que parezco haber vivido varias vidas diferentes.

Etapas profesionales

Cuando obtuve mi doctorado, fui a trabajar al Hospital Michael Reese, en la parte sur de Chicago, no lejos de la universidad. Era el mayor hospital judío para formar profesionales. El doctor Samuel J. Beck era el jefe del Departamento de Psicología. Otras personas famosas que estaban allí en ese momento eran Franz Alexander, Thomas French y Emmy Sylvester. Se le consideraba un gran centro psiquiátrico y, de hecho, conseguí un trabajo allí porque no estaba cualificado. Había hecho el mínimo número de cursos para obtener mi doctorado. Cuando estaba terminando mi disertación, un estudiante graduado en Antropología —a quien no conocía muy bien, pero con quien almorzaba ocasionalmente— me preguntó qué iba a hacer con respecto al trabajo. Pareció interesarse por lo que fuera a pasar después de terminar mi tesis. Yo no estaba tan interesado. Mencionó este puesto en el Michael Reese con el doctor Beck.



Dr. Samuel J. Beck

Samuel Beck había recibido una subvención del NIMH, el Instituto Nacional de Salud Mental, para realizar un estudio sobre la esquizofrenia y las pruebas de Rorschach. Parece que había contratado a un conocido psicólogo y por alguna razón no había funcionado, así que tenían una vacante. Mi amigo fue muy persistente y me dijo que debía escribir al doctor Beck y pedirle una entrevista, cosa que finalmente hice. Cuando conocí a Samuel J. Beck, que tenía una manera muy estricta de hablar, me preguntó: «¿Qué has hecho en cuanto al Rorschach?». Le contesté que no había hecho nada, ni siquiera un curso. Dijo que eso era maravilloso porque ninguna falsa enseñanza me había echado a perder.

Quería saber sobre la investigación que había realizado para el doctorado. Le dije que estaba haciendo un estudio de medidas psicofisiológicas antes y después de la psicoterapia rogeriana usando la respuesta galvánica de la piel, la frecuencia cardíaca y la respiración. Los resultados indicaban que sí se produce un cambio en las personas que han recibido terapia frente a un grupo

de control. Hablamos de tolerancia, frustración, etcétera. Yo no estaba seguro de haber aprendido nada, pero Beck estaba muy impresionado. Todo el asunto de las mediciones psicofisiológicas del sistema nervioso autónomo le parecía fantástico. Lo consideraba verdadera ciencia. Así que me contrató porque yo no sabía nada del Rorschach y porque era científico. Y ahí estaba yo, el único no judío en el personal de psiquiatría. Era un entorno interesante por la sola cuestión de la aceptación inversa. ¿Me aceptarían en ese círculo cerrado? De hecho, así fue, e incluso me explicaban los chistes yidis. Era un lugar muy interesante que me permitió aprender sobre las pruebas y mediciones de personalidad, así como sobre el Rorschach, directamente de Beck. Parecía una forma muy poco probable de comenzar una profesión, pero funcionó.

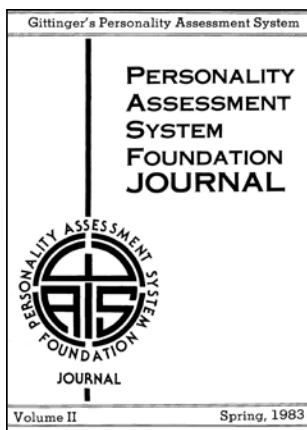
Me quedé allí dos años y medio. Para entonces, la subvención se había agotado y Beck ya no presidía el Departamento de Psicología. Había sido reemplazado por Sheldon Korchim, que era más joven y flexible, y estaba interesado en hacer todo tipo de estudios sobre el estrés y la ansiedad. Más adelante Korchim llegaría a ser jefe de psicología clínica de la Universidad de California en Berkeley. Terminé lo que se suponía que debía hacer con la beca y me di cuenta de que tenía que hacer otra cosa. No se me ocurría ningún otro lugar al que quisiera ir en Chicago, ya que este era el centro de investigación más interesante de la zona. Y no estaba muy seguro del tipo de psicología que quería practicar, pero ya había trabajado con Rogers y me había unido a la Asociación Americana de Psicología (APA) cuando él era presidente en 1947. Para cuando me licencié en 1949, ya era miembro de la APA. Trabajar con Rogers y Beck me dio un poco de formación clínica, y había estudiado tipología con William Sheldon en Chicago. También había trabajado con los sociólogos que hacían el análisis de la estructura de clases: clase alta, clase media y estratos afines. Conocía a mucha gente en el sector porque era muy pequeño. Incluso asistí a una clase de Nathaniel Kleitman sobre fisiología que se impartía inmediatamente después del almuerzo, y me quedaba dormido. Me enteré de que era un gran experto en el sueño, pero nunca pude mantenerme despierto en su clase.

A principios de los años cincuenta, un representante de la Agencia Central de Inteligencia (CIA) me habló de un maravilloso proyecto que era comparable a la Oficina de Servicios Estratégicos durante la Segunda Guerra Mundial, y estaba bajo la dirección de Henry Murray. El libro sobre este proyecto se titulaba *La evaluación del hombre*. Fue un período muy emocionante en el que se desarrollaron todo tipo de innovaciones para evaluar las capacidades de las personas bajo estrés. Así que en 1951 fui a Washington, donde trabajé otros dos años y medio en la Oficina de Formación de la CIA, como psicólogo senior en el Equipo de Asesoramiento y Evaluación. Todo aquello parecía bastante inesperado. Por otra parte, yo también quería viajar y había pensado que antes debía ir a Europa y hacer turismo, porque no lo había hecho nunca. Sin embargo, parecía poco probable porque en la CIA solo iba a hacer evaluaciones. Y una vez que encajas en un puesto de «la organización», nadie quiere dejarte ir.

Estando allí conocí a John Gittinger, un innovador psicólogo clínico que había llegado en 1950, más de un año antes que yo. John trabajaba en un modelo sobre el desarrollo de la personalidad que él llamaba Sistema de Evaluación de la Personalidad o PAS, por sus siglas en inglés. Comenzó a enseñarnos informalmente el PAS a algunos miembros del personal, y el modelo me intrigó bastante. Su capacidad para evaluar y predecir el comportamiento era tan precisa que empecé a trabajar con él y otros para desarrollarlo más y refinarlo.



John Gittinger



En pocas palabras, el PAS asume que, muy temprano en la infancia, el niño es intrínsecamente susceptible a ciertos estilos de comportamiento, y que la personalidad se desarrolla de manera simultánea y continua en tres dimensiones: intelectual-perceptual, emocional-de procedimiento e interactiva-social. Mediante el uso de las Escalas de Inteligencia Adulta de Wechsler y de psicometría sofisticada, se pueden definir los rasgos de personalidad de un individuo y predecir su comportamiento con extraordinaria precisión. De hecho, trabajar con el PAS me convenció de que John Gittinger había diseñado el sistema descriptivo y predictivo más potente del mundo para evaluar la personalidad, a la altura de los descubrimientos de Sigmund Freud y Carl Jung en psicología.

John y yo nos mantuvimos en contacto después de que yo dejara la CIA. De hecho, nuestra amistad e intereses llevaron a un acuerdo contractual con su organización, llamada *Psychological Assessment Associates*, para continuar trabajando con él en el PAS. Aunque esto me incomodaba un poco, ya que todavía era un proyecto financiado por la CIA, respetaba tanto a John y a su PAS que sentía la obligación de ayudar a continuar su desarrollo. Esto ocurrió principalmente durante mi estancia en la Universidad de Columbia, desde finales de los años cincuenta hasta mediados de los setenta. Cuando Helen Schucman llegó a Columbia en 1958, también se involucró en el trabajo de PAS por invitación mía. Para entonces Helen era una psicóloga de investigación bien establecida, y sus contribuciones al PAS fueron significativas y muy valoradas. Juntos colaboramos con John durante varios años como personal contratado. Helen y yo también escribimos una serie de artículos académicos sobre el Sistema de Evaluación de la Personalidad y nuestro trabajo en él, que fueron publicados en revistas de psicología durante ese período. Además, enseñé los conceptos básicos, la estructura del PAS y su uso evaluativo durante la década de 1960 en Nueva York.

Sin embargo, mi principal razón para ir a Washington es que quería ir a su Escuela de Psiquiatría. Allí, la filosofía esencial era centrarse en las relaciones interpersonales más que en muchos de los componentes psicodinámicos de la psicología freudiana, y esto me interesaba mucho. Allí estudié con Herbert Marcuse, Clara Thompson, Dexter Bullard, Margaret Rioch y Ernst Schachtel gracias a un horario conveniente que no interfería con mis deberes a tiempo completo como psicólogo senior de la CIA. Antes de dejar el Hospital Michael Reese, el jefe del departamento de trabajo social me dijo que debía entrevistarme con su hermano, que era el jefe de Chestnut Lodge, donde Frieda Fromm-Reichmann estaba investigando la esquizofrenia. En cuanto llegué a Washington, su esposa me llamó y me invitó a cenar. En realidad, iban a dar dos cenas, y ella me preguntó a cuál me gustaría asistir: había nombres famosos en ambas. Dije que me gustaría conocer a Frieda, así que me invitaron a esa y lo organizaron para que yo fuera su compañero de mesa. En aquella época, Erich Fromm era uno de sus pacientes y más adelante se casó con él.

Cuando empecé a trabajar en Washington, en otoño de 1951, sentí que no podía seguir mucho tiempo en la CIA. Para mí, eso podría haber sido un desastre, aunque no tenía ni idea de qué hacer a continuación. Estaba a punto de comunicar mi renuncia en 1953, cuando el responsable de todo el programa de formación me pidió que lo reconsiderara. No tenía que quedarme en Washington. Podía tomarme un tiempo libre de lo que estaba haciendo y me enviarían a Oriente Medio durante el verano. Me pondrían a cargo de un grupo de especialistas en servicios en el extranjero, que estaban allí para observar las cosas de primera mano. Me aseguraron que, cuando

volviera, podría hacer lo que quisiera. Como esta oferta incluía viajar y era lo que siempre había querido hacer, me fui en junio de 1953 y regresé en octubre. Durante ese verano viajé por todo Oriente Medio, visitando Jordania, Egipto, Israel, Chipre, Siria, Turquía, Grecia e Irak. Regresé por Europa, donde también pasé varias semanas de vacaciones. Fue un gran viaje.

Cuando volví a Washington en octubre, después de varios meses de diversión, me pareció que todavía no podía renunciar. Así que decidí quedarme hasta el verano siguiente, al menos hasta junio de 1954. Después de junio decidí que ya era hora de salir de allí, y lo hice, aunque no tenía trabajo ni nada programado. Esa fue la primera y única vez que he buscado trabajo.

Solía ir a Nueva York con frecuencia, así que pedí trabajo al Servicio de Desempleo de Nueva York a través de la Oficina de Colocación de Psicología. No sé por qué fui allí, pero lo hice. Dije que estaba buscando trabajo en Nueva York, pero el tipo que dirigía el servicio me dijo: «Te quieren en Hartford. Tienes que ir al *Institute of Living*». Allí me entrevistaron y contrataron en otoño de 1954 como director del Departamento de Psicología en el hospital psiquiátrico privado más grande del país. Me quedé poco más de un año. En el Instituto había muchas personas conocidas, como Carl Pribram, que hacían investigaciones con monos. Aunque era un lugar muy elegante y bonito, no sabía lo que estaba haciendo en Hartford, que me parecía un lugar extraño para vivir. Era una ciudad de tamaño considerable con sabor a pueblo pequeño, lo cual estaba bien.

Mientras estaba allí, en 1955, el doctor Harold G. Wolff me invitó a trabajar con él en la Universidad de Cornell, en la ciudad de Nueva York, debido a mis contactos en Washington. En ese momento Harold estaba tratando a Allen Dulles junior, y su padre, Allen Dulles senior, era el jefe de la CIA. Dulles había preguntado a Wolff si le gustaría hacer alguna investigación sobre los chinos y sobre estudios interculturales. Wolff estaba obviamente interesado en esta investigación financiada por la CIA. Así que, en parte por mis conexiones en Washington, me ofrecieron el trabajo en Cornell para dirigir este programa de investigación en psicología. Además, yo era la única persona con autorización de alta seguridad que estaba entrenada en neurofisiología. Parecía que, si iban a contratar a alguien, sería yo. Ese fue mi primer nombramiento académico, al principio como instructor y poco después como profesor asistente de psicología en el Departamento de Psiquiatría de Cornell. Nunca había deseado ser profesor universitario, porque sentía que no tenía nada que decir. Pero acepté el nombramiento en 1955 y trabajé tres años con el doctor Harold Wolff en Cornell.



Dr. Harold G. Wolff

Harold era un neurólogo de fama mundial, uno de los fundadores de la medicina psicosomática. Era presidente del Departamento de Neurología y una gran autoridad en los dolores de cabeza —particularmente las migrañas—, así como en las sensaciones de dolor y las reacciones y trastornos por estrés. Publicamos mucho. Wolff era editor de *Archives of Neurology and Psychiatry* [Archivos de neurología y psiquiatría] y publicó algunos de nuestros artículos en esa revista. Fue un período muy productivo. La gente venía a ver al famoso doctor Wolff. Incluso Margaret Mead se sentaba en los viejos taburetes del laboratorio esperando a que apareciera Wolff con su bata blanca. Era muy preciso y austero. Quería dar la imagen de un científico galardonado con el Premio Nobel revolucionando el mundo en su simple laboratorio, pero no lo logró. Y, por supuesto, tenía migrañas.

Mi oficina se encontraba en el sexto piso del Hospital de Nueva York, en el ala de Neurología donde él estaba. Yo debía lucir como un científico y usar bata blanca de laboratorio. Estaba rodeado de agua, chorros de gas y equipos de laboratorio. No los usaba, pero tenía que parecer que aquel era mi sitio.

Wolff y su ayudante venían a las 11:30 para tomar el ascensor de camino a la comida. Yo veía pasar esta estela blanca y de vez en cuando escuchaba: «¡Dr. Thetford!». Eso significaba que debía detener lo que estaba haciendo, bajar seis tramos de las escaleras del hospital y reunirme con ellos para almorzar. Para el doctor Wolff comer consistía en tomar una taza de café y un trozo de pastel. Siempre deseaba llegar temprano para no tener que hacer cola, ya que no soportaba esperar por nada.

Al principio creí que en verdad deseaba almorzar conmigo, pero eso era ridículo. Nunca podía comer porque Wolff empezaba a interrogarme en cuanto me sentaba. «¿Qué has aprendido esta mañana en términos de las funciones integradas superiores? ¿Vas a cambiar esto y sacar nuestra siguiente publicación para mañana?». Así de insistente era. Yo estaba acostumbrado a trabajar bajo mucha presión, pero no a esta clase de intensidad. Cuando él quería algo, decía: «Me voy en unos minutos, por favor prepara un resumen para el Congreso Internacional de Psiquiatría Biológica. Lo necesito en quince minutos». Yo iba a mi máquina de escribir y plasmaba rápidamente lo que él quería. Conectaba con una especie de fuente interna y lo escribía en cierto tipo de inglés vpara que sonara supercientífico.

De hecho, así fue como encontré mi apartamento. Estaba buscando algo en el lado este que estuviera a poca distancia caminando del hospital y la escuela de medicina. Quería un chالé adosado con techos altos y un jardín. Y quería todo eso por menos de doscientos dólares al mes, por supuesto. Un día, después de haber acabado uno de esos pequeños informes de nuestro tiempo de la comida, pensé: «Bien, ya se ha ido. Me puedo relajar un poco». Había estado tratando de encontrar un apartamento en el *Times*. Los anuncios de las ediciones del sábado por la noche y del domingo duraban hasta el martes, así que el miércoles era, por lo general, un día muy «malo». Resulta que era miércoles por la mañana. Pero esa voz interior, una especie de impulso interno, me dijo: «Mira en el periódico de hoy». Yo pensé: «Qué tontería, no hay nada los miércoles». En realidad en aquella época no tenía en cuenta las corazonadas, pero ese diálogo interno estaba muy presente y tenía claro que debía mirar el *Times*. Me resistía, pero finalmente miré, y había un anuncio de un apartamento en el lado este, en la calle 78: un chالé adosado con jardín. Sonaba maravilloso y llamé. Conseguí comunicarme con el dueño u ocupante, Paul Lynn, una estrella del cine y la televisión. No lo conocía en persona, pero reconocí su voz. Acababa de levantarse y conectar el teléfono, así que yo era el primero en llamarle. Salí corriendo en un taxi y encontré que el apartamento era justo lo que quería, ¡por ciento sesenta y cinco dólares al mes! Viví allí dieciocho años. Fue la respuesta perfecta a mi necesidad de alojamiento en el centro de Manhattan, a las afueras de Central Park y cerca del Museo Metropolitano de Arte. No podría haber pedido un lugar mejor; era maravilloso.

En ese momento, no presté mucha atención al hecho de que había experimentado este impulso interno, porque eso no habría sido científico y no podía admitir nada parecido. Sin embargo, lo consideré una posible intuición, algo de lo que podía hablar un poco, pero no demasiado. No obstante, la intuición persistía; no sabía qué hacer con ella y no podía explicarla. No era la primera vez que me pasaba algo así, pero este era un ejemplo importante y no podía pasarlo por alto.

Estuve unos tres años con Harold Wolff en Cornell, principalmente investigando. Debido a que nuestro proyecto de investigación estaba respaldado por la CIA, se desarrollaban muchas actividades secretas. También trabajaba con algunos chinos que no habían podido regresar a su patria después de la revolución, lo que formaba parte de la idea de los estudios interculturales sobre el estrés. Aunque en un nivel era algo válido, la CIA también quería obtener información sobre estas personas. Así que el proyecto tenía múltiples propósitos.

Entonces mi padre murió de repente. Me había mudado a Nueva York en septiembre y él murió a principios de noviembre. Mi madre había muerto el año anterior. Tuve que encargarme de los preparativos del funeral de mi padre. Cuando volví a Nueva York, me pareció una locura, una locura bajo una gran presión. Publicábamos constantemente, cada mes. Una gran cantidad de informes de investigación y artículos salían con mi nombre. Estaba en la difícil situación de intentar adaptarme a un nuevo trabajo, una nueva vida y la muerte de mi padre. Me di cuenta de que estaba solo y lo haría todo sin una familia.

Fue entonces cuando me pidieron que hiciera un misterioso viaje a Oriente y que volviera en un carguero con Harriet Mills. Todavía estaba tratando de ordenar el patrimonio de mi padre, pero me fui a Asia para encontrarme con Harriet Mills, que había sido encarcelada por los chinos. Hija de misioneros presbiterianos en China, Harriet había nacido y crecido allí, y luego se mudó a la ciudad de Nueva York con su familia. Fue estudiante de posgrado en la Universidad de Columbia, donde trabajó en su doctorado antes de regresar a China para hacer investigación de campo. Ella hablaba el idioma y quería quedarse, pero acabó siendo una de las últimas norteamericanas en irse. El gobierno chino sospechaba de cualquier persona con sus antecedentes y cualificaciones, razón por la cual terminó en la cárcel. Finalmente la juzgaron y la expulsaron del país. Así que la CIA me envió de manera indirecta para hablar con ella sobre sus experiencias.



Harriet Mills

Harriet estaba en Hong Kong y todo el transporte estaba bloqueado, excepto un barco, en el que yo había reservado un pasaje. Todos los arreglos se hicieron en secreto y de forma encubierta. Fue al mismo tiempo aterrador y fascinante. No me dijeron adónde iba a ir primero —a Manila—, antes de seguir hacia Hong Kong para embarcar. No estaba seguro de que Harriet estuviera allí. Una vez a bordo, esperé en la mesa de desayuno —solo había tres o cuatro pasajeros— cuando ella apareció de repente. Me sentí aliviado de verla. Parecía obvio que se trataba de una trampa, y consideré que mi única opción era actuar de la manera más inofensiva posible, así que ella, después de un tiempo, se relajó y empezó a hablar conmigo. Me dijo: —Mira, no sé quién eres, pero no importa.

Tuvimos varias semanas para hablar. Me sentía culpable por anotar en secreto todo lo que decía. Y luego estaba un poco temeroso porque no quería dejar mis notas por ahí. En ese momento, no tenía ni idea de en qué tipo de complejo entramado estaba metido, y no sabía si había alguien más en el barco con una misión encubierta. ¿Podía dejar cosas en mi camarote? No lo sabía. Así que usaba un papel fino que me metía en los bolsillos.

Llegamos a Vancouver justo antes de Navidad, y llamé a Nueva York cuando atracamos, como me lo habían ordenado. Harriet y yo nos habíamos caído muy bien y ya éramos buenos amigos.

Fuimos de compras de Navidad en Vancouver. Fue interesante. Harriet llevaba años sin ver una ciudad occidental, y dijo: «Aunque esta es una cultura capitalista decadente, es divertida». Lo pasamos muy bien y después volví a verla en Nueva York. Redacté mis extensas notas, que se convirtieron en parte del testimonio que Wolff dio ante la comisión parlamentaria sobre lavado de cerebro. Ella dijo, en esencia, que en realidad no importaba, que no tenía nada que esconder, lo cual me impactó mucho.

Fue una saga larga y desenfadada, y un período confuso pero interesante para mí. Todo iba cambiando. Pude ver que ir a Washington me había llevado a Nueva York y a convertirme en profesor, lo que obviamente era previsible. E ir al Hospital Michael Reese me había dado una fama instantánea, porque publicaba artículos con Samuel Beck. Si yo hubiera tratado de planear una carrera con la máxima visibilidad, supongo que ir a Michael Reese podría haber sido un objetivo. Pero habría asumido que, para empezar, tendría que haber sido judío para haber tenido siquiera la posibilidad.

En la Escuela de Psiquiatría de Washington asistí a todas las clases que ofrecían. También probé el psicoanálisis en Chicago durante un año. Mientras estuve en el Michael Reese, iba tres veces por semana. Más adelante, en Nueva York, fui a un analista en adiestramiento de la William Allyson White Foundation, que era la equivalente de la Washington School of Psychiatry. Todas estaban relacionadas. Harry Stack Sullivan había fundado la Escuela de Washington. En cierto modo, la Fundación Allyson White era una extensión de la Escuela Sullivan de Nueva York. Era un lugar animado e interesante.

Me había instalado en Cornell, pero cada día estaba bajo una presión tremenda, haciendo investigación y publicando constantemente. Era muy difícil trabajar con Wolff. Pocas personas se quedaban con él más de un corto período de tiempo. Por lo general, acababan agotadas o quemadas. Era muy exigente y riguroso. Aun así, de una manera extraña, me gustaba, y nos llevábamos bien. Aprendí mucho sobre un montón de cosas.

Inmediatamente después, uno de mis viejos amigos de Chicago me preguntó si consideraría un puesto en Columbia. Querían a alguien como Carl Rogers, pero era obvio que él no estaba interesado. En realidad, querían que alguien se encargara cada año de conseguir becas del NIMH y de establecer un programa de formación doctoral. A mí no me interesaba nada de esto y se lo dije. Sin embargo, me pareció descortés negarme a una reunión con el jefe del Departamento de Psiquiatría para ver lo que el puesto implicaba. Estuve de acuerdo en hablar con él, pero dejé claro que no estaba muy interesado en trasladarme. Estaban dispuestos a ofrecerme un puesto de profesor asistente, cosa que ya había conseguido en Cornell. Dije que lo pensaría si me ofrecían el puesto de profesor asociado. Estaba seguro de que dirían que no, y pensé que eso resolvería el asunto. Las jerarquías de las escuelas de medicina son bastante rígidas. No puedes ser ascendido de instructor a profesor asistente en un año, y un año después convertirte en profesor asociado. Para mi sorpresa, en otoño de 1957 me nombraron profesor asociado de Psicología Médica en la Escuela de Médicos y Cirujanos de la Universidad de Columbia.

Roles y responsabilidades en la Universidad de Columbia. Comienzos espirituales

Llegué a Columbia en febrero de 1958 y me dieron algunos cargos adicionales que no esperaba. Me pusieron al frente de toda la psicología clínica del Hospital Presbiteriano, como director de su División de Psicología. En aquel momento, esta división estaba en ruinas. No había departamento de psicología, y los psicólogos clínicos estaban en una especie de federación dispersa. Había

que reunirlos y unificarlos. Se trataba de una pesadilla administrativa que involucraba al Hospital Presbiteriano, a la Universidad y al Instituto Psiquiátrico del Estado de Nueva York, separados a nivel administrativo, pero profesionalmente interrelacionados. Mis responsabilidades abarcaban a los tres: el hospital, la universidad y el instituto. Era una situación muy complicada y nunca marchó del todo bien, aunque hicimos grandes progresos. Al menos logré que funcionara.

Me encontré con una enorme cantidad de celos competitivos y resistencias de todo tipo. Cuando llegué, mi colega de confianza, Art Carr, que fue decisivo para que me invitaran a Columbia, no parecía quererme allí. No quería hacer ninguno de los cambios necesarios. Se sentía amenazado, y más aún cuando contraté ayuda.

Una de las primeras cosas que me pidieron cuando llegué a Columbia fue contratar a un psicólogo para que trabajara en un programa de estudios de laboratorio patrocinado por el Instituto Nacional de Enfermedades Neurológicas, que le había otorgado una subvención a la universidad, una de las dieciséis instituciones colaboradoras. Era necesario contratar a un psicólogo que supiera hacer mediciones mentales y crear pruebas para bebés y niños. Como yo no sabía nada de esa área, fui a un hospital vecino y hablé con Michael Smith, un psicólogo eminente en ese campo. Dijo que miraría por ahí y me llamaría. Una semana después recibí una llamada de una mujer que dijo: «Soy la doctora Helen Schucman. Me han pedido que te diga que soy la persona que estás buscando».

Cuando conocí a Helen, me pareció bastante extraña. Era muy brillante, pero un poco dispersa. Tuve la sensación de que su mente daba vueltas en círculos. Había muchos sinsentidos periféricos, pero vi en ella un núcleo muy sólido. El trabajo no le pareció atractivo en particular. En ese momento no estaba claro dónde estaría su oficina, el sueldo no era bueno y el puesto no parecía muy interesante. Ella había recibido mejores ofertas, pero aceptó esta porque sentía que debía hacerlo. Más tarde supe que, cuando me conoció, una vocecita dentro de ella le susurró: «Ahí está, ese es el hombre al que necesitas ayudar». Helen me dijo que por eso había aceptado el trabajo. Naturalmente, yo no lo sabía en ese momento.

Contraté a Helen para el puesto de investigación en 1958 y permaneció en él durante algunos años. Más adelante pude trasladarla más a enseñanza y formación, lo que era compatible con sus intereses, aunque nunca se consideró psicóloga clínica. Nunca había hecho un curso sobre el Rorschach y no sabía nada al respecto, así que le enseñé. Pero sus habilidades clínicas eran buenas y su profunda comprensión psicodinámica aventajaba la de otras personas con entrenamiento. Tenía una habilidad natural para interpretar el Test de Apercepción Temática (TAT) y analizar el contenido del Rorschach. Se involucró cada vez más en el trabajo clínico y en las becas de investigación. Estábamos interesados en desarrollar ciertos aspectos de la teoría de la personalidad y necesitábamos subvenciones para mantener el departamento, incluyendo fondos para labores de secretaría, entre otras



*Edificio de Investigación Médica William Black
en el Hospital Presbiteriano de Columbia:
El edificio donde Helen y Bill escribieron
Un Curso de Milagros.
“Porque del Altísimo viene la sanidad...”
Eclesiastés 38:2*

cosas. Hicimos muchos malabarismos complicados con una serie de variables. Funcionó lo bastante bien como seguir adelante. Yo seguía pensando que era importante estar allí por alguna razón —no estaba muy seguro de por qué—, pero parecía haber algún significado en esa aparente confusión caótica.



Helen

Helen disfrutaba de los análisis estadísticos precisos y ser capaz de diseñar un programa en el que se pudieran considerar cuidadosamente las variables. Le gustaba el diseño de las investigaciones, sin preocuparse mucho por su propósito. Como a veces decía, este tipo de trabajo le permitía alejarse del caos cotidiano. Hallaba cierta belleza y simetría en los patrones estadísticos, como una forma de lidiar con el universo. Finalmente pude conseguirle un puesto mejor en el centro médico. Llegó a ser la psicóloga en jefe del Instituto Neurológico, que se convirtió en nuestra sede central. También era una manera de aunar la administración. Hacerla mi asistente permitió muchas cosas: fue un ascenso para ella, sirvió de base para recomendarla para un nombramiento académico e hizo que todo fuera más llevadero.

Helen y yo pasábamos mucho tiempo juntos y nos reuníamos para comer a diario. Trabajamos en todo tipo de proyectos. En 1963 me habían asignado al comité de planificación de los espacios del Departamento de Psiquiatría, en relación con un nuevo edificio de investigación que estaba en construcción. Debido a este nombramiento para decidir sobre los planos del edificio, me fue posible disponer de un espacio para dos oficinas privadas en la esquina del ala de psiquiatría. Era un lugar muy deseable y fue aprobado posteriormente. Cuando el edificio se completó en septiembre de 1965, Helen y yo nos mudamos a nuestras nuevas oficinas. Y, como si fuera el momento oportuno, *Un curso de milagros* comenzó al mes siguiente. Fue asombroso. Tan pronto como tuvimos un lugar, empezó. Sentí que, de alguna manera —mucho antes de que comenzara el Curso— se estaba preparando un lugar ideal para nosotros.

Además, justo antes de mudarnos a nuestras nuevas oficinas, tuve la sensación de que estábamos inmersos en un proceso repetitivo que podía continuar indefinidamente, tratando de obtener subvenciones para investigación y formación cada año, e intentando planificar los canales administrativos. Las cosas cambiaban todo el tiempo y siempre estaban en crisis. No había nada sólido y reinaba la tensión. En ese momento yo participaba en muchas actividades profesionales. Durante seis años, a partir de 1965, Howard Hunt y yo fuimos los editores del *Journal of Abnormal Psychology*.

Asimismo, por ese entonces, la relación entre Helen y yo no solo se hizo muy estrecha, sino también turbulenta. Era impredecible todo el tiempo. En cuanto al temperamento, éramos muy diferentes. Ella era una persona intensa, bastante agitada y nerviosa. Yo tendía a retraerme durante los períodos de estrés, y ella solía volverse más locuaz y asertiva en esos momentos. Y ciertamente había mucha tensión en nuestro estilo, en nuestra manera de relacionarnos y de tratar los problemas del departamento, y entre nosotros. Al mismo tiempo, ambos queríamos



Bill y Helen en 1960

hacer las cosas lo mejor posible para resolver la situación. Sin embargo, a pesar de estas diferencias de personalidad, trabajamos con eficacia juntos en un gran número de áreas. Al mismo tiempo, en otras había mucha fricción, y la diferencia de estilos se convirtió en un problema para los dos, lo que nos puso en una situación difícil en muchos sentidos. Pero nunca se nos ocurrió dejar de trabajar juntos. Sabíamos que era importante resolver las cosas juntos y sabíamos que cada uno tenía buenas intenciones hacia el otro, aunque no supiéramos resolver las situaciones. Y como si esto no fuera suficiente, el estrés de la situación laboral en la Escuela de Medicina se había vuelto insostenible. Vivíamos en un continuo estado de ansiedad entre colegas que parecían comportarse de forma crónicamente hostil y paranoica.

Todo esto pesaba mucho sobre mí, al igual que el conflicto en la relación entre Helen y yo, cuando un día me encontré haciéndole un discurso inusual y bastante apasionado. Le dije que, aunque sentía que podríamos seguir trabajando así de manera indefinida, me preguntaba si de verdad valía la pena.

—Debe haber otra manera de vivir en armonía en vez de discordia, de ver todo esto de un modo diferente —dije—, y estoy decidido a encontrarla.

Era consciente de que muchas de las dificultades tenían que ver con actitudes, aunque no estaba muy seguro de cómo un cambio en las actitudes podría hacer que el trabajo cambiara. Me sorprendió mucho cuando Helen estuvo de acuerdo conmigo y me dijo que me ayudaría a encontrar esa otra manera. Aquel fue un punto de inflexión para ambos. Y marcó el comienzo de un compromiso que los dos asumimos. No sabíamos realmente a qué nos habíamos comprometido, pero sí sabíamos que de algún modo estábamos en una labor colaborativa y que tenía un gran impacto para ambos.

En retrospectiva, mi camino espiritual comenzó ese día en que le hice a Helen el apasionado discurso sobre el hecho de que «debe haber otra manera», y ella aceptó ayudarme a encontrarla. Ese fue un período de gran transición para mí, pero una transición caótica. Estaba persiguiendo logros y reconocimientos profesionales y me preguntaba si eso era importante o significativo. Hubo un cambio hacia una cierta apertura en dirección a lo espiritual, aunque en ese momento no tenía ningún interés en ello. La religión se veía en gran medida como una superstición y no se hablaba de ella ni se consideraba digna de conversación. Supongo que hubo cierta preparación previa, pero lo único que recuerdo fue algún interrogante en el fondo de mi mente, así como alguna lectura.

Por ejemplo, en abril de 1965 y justo antes de mi apasionado discurso a Helen, leí el libro *Venture Inward* de Hugh Lynn Cayce. Por alguna razón sentí que me gustaría leerlo, algo atípico para mis intereses y hábitos en aquel entonces. Cuando lo leí, recuerdo haber pensado que Hugh Lynn Cayce no parecía haberse inventado esta historia, aunque obviamente era disparatada para los estándares convencionales. De todos modos, ya creía en la telepatía, pues había tenido mis propias experiencias al respecto. Pero tenía la sensación de que todas estas cosas improbables que decía sobre su padre, Edgar Cayce, el reconocido psíquico, eran ciertas. De ser así, tendría que replantearme todo esto de forma diferente y abrir mi mente a otras posibilidades. Los relatos de Hugh Lynn sobre las grandes sanaciones a distancia, las experiencias paranormales y la posibilidad de que el «continente per-



Edgar Cayce, 1943

dido de la Atlántida» hubiera existido en realidad... si algo de eso fuese verdad, podría permear otros aspectos de mi pensamiento. No sabía cómo se podía cambiar un sistema de creencias poco a poco. Por otro lado, sabía que si aceptaba algo de eso —si lo que él decía era verdad— tendría que reconsiderarlo todo con mucha seriedad y cambiar muchas cosas. Aunque no sabía con certeza en qué medida era cierto, sí sabía que iba a necesitar averiguarlo. Así que en 1965 organicé un viaje para que Helen y yo hiciéramos precisamente eso. Fuimos a Virginia Beach a visitar la Asociación para la Investigación y la Iluminación (ARE), la organización establecida para preservar y estudiar la vida y lecturas de Edgar Cayce. Helen quedó impactada con Hugh Lynn Cayce y la gente de allí. Siempre he sentido que aquel viaje le dio permiso para hacer lo que hizo.

Sucedieron muchas cosas durante aquel verano de 1965. Helen venía experimentando muchas visiones y sueños sobre un cofre de tesoros sumergido que contenía un libro negro con el símbolo de Esculapio, el dios griego de la curación, en la portada. El símbolo es el caduceo, conocido por sus dos serpientes entrelazadas, comúnmente utilizado por la profesión médica. La cubierta negra era idéntica a las carpetas que con posterioridad usamos para el manuscrito de *Un curso de milagros*. Recuerdo que una vez, poco antes de septiembre de 1965, Helen me dijo:

—Sabes, Bill, uno de estos días voy a hacer algo muy inesperado—. Y recuerdo haber respondido:

—Bueno, ¿tienes alguna idea de lo que podría ser?

—No —contestó—, pero será algo muy inesperado.

También durante parte de ese verano los dos habíamos viajado por nuestra cuenta. Tal vez como un medio para aclarar sus pensamientos sobre los temas espirituales que surgían, Helen comenzó a escribirme una serie de cartas. Aquí hay unos breves extractos:

Sábado

Querido Bill: Espero que tengas paciencia con esto, porque puede ser importante para ambos. Esta mañana me estuve repitiendo, casi sin intención, que soy un canal. En ese momento parecía tener significado, pero el canal se obstruyó. Todavía no está abierto...

Domingo

Querido Bill: Una noche, mientras caminábamos, mi esposo Louis señaló a un niño de unos doce años con lesión cerebral, a quien sus padres llevaban en un cochecito. Allí también había otros niños discapacitados. Al andar, de repente y por un instante, tuve la sensación de que todos avanzábamos por el mismo camino, felices y muy unidos. Como en una escalera. Aún no estamos todos en el mismo camino. Pero al final todos llegaremos a casa.

Martes

Querido Bill: No estoy segura de querer escribir esto, pero tengo la impresión de que obedezco órdenes. Estas órdenes son bastante rigurosas y la sensación principal que tengo es que no me atrevería a desobedecerlas...

Durante aquel verano, Helen también experimentó varios episodios de miedo intenso a perder la visión. Creo que esto se relacionaba en parte con el nuevo material que estaba surgiendo, porque le provocaba temor. En lugar de: «Tengo mucho miedo de este material», solía decir: «Tengo

miedo de perder la visión». Helen siempre se preocupaba por sus ojos. Le asustaba mucho quedar ciega de alguna forma. Constantemente reajustaba sus lentes, y a menudo usaba gafas oscuras dentro de los edificios para protegerse los ojos, y hacía cosas de este tipo.

De hecho, su visión cambiaba, en gran medida, según lo que sucedía en nuestras vidas durante una época particular. Recuerdo que, cuando comenzamos a trabajar en el Curso, ella pasó por experiencias en las que se podía quitar las gafas y ver con gran claridad, aunque solo por breves períodos.

En septiembre de 1965, el jefe de mi departamento, el Dr. Lawrence Kolb, comenzó a alarmarse con la presión del Presbyterian Hospital y la división de contabilidad, ya que, según el registro de costos, el departamento de psicología estaba perdiendo una gran cantidad de dinero cada mes. No sabía cómo gestionar la situación e intentó hacer malabarismos sin considerar, por ejemplo, que el hospital estaba utilizando el dinero destinado a pagar los servicios de psicología para otros fines. Como no quería reconocer esto y estaba bajo presión, sugirió que fuera a la Clínica Mayo en Rochester, Minnesota, para averiguar cómo obtenían ganancias con la psicología, mientras que nosotros perdíamos dinero con ella. Yo conocía la respuesta y él también. Me parecía una farsa, pero resultó que sí valió la pena. La realidad era que la Clínica Mayo atendía a una población de clase media alta que podía permitirse pagar tarifas elevadas o, al menos, suficientes. Era una situación muy diferente a la del Presbyterian, donde tratábamos con una población multilingüe, en gran parte hispana. Nuestros pacientes no podían pagar casi nada, pero nuestra misión era servir a esta población que, por definición, no podía costear los servicios.

Le pedí a Helen que me acompañara a la Clínica Mayo, pues me pareció que esta toma de distancia sería beneficiosa para ambos. Antes del viaje, ella comenzó a tener visiones muy vívidas. Una era de una iglesia luterana que describió con gran detalle. Su descripción, con torres y almenas, era tan precisa que daba una idea clara de cómo debía verse. Antes de que partiéramos, escribió que estaba convencida de que la veríamos desde el avión antes de aterrizar. Helen sentía que era importante verla para comprobar que no estaba perdiendo la razón. Todo esto me pareció bastante extraño, y dudaba que pudiéramos ver una iglesia desde el aire o desde el aeropuerto. Durante el vuelo, Helen se fue poniendo más nerviosa a medida que nos acercábamos a Rochester y no dejaba de mirar por la ventana. Cuando no vio ninguna iglesia, se alteró muchísimo. Le sugerí que contratáramos un taxi para visitar las iglesias luteranas de la zona y ver si alguna se asemejaba a la de su visión. Lo hicimos y le preguntamos al conductor si conocía alguna iglesia así, pero mencionó muchas otras, así que fuimos a verlas. Creo que visitamos unas 25 iglesias, pero ninguna se parecía a la imagen de Helen. Estaba realmente disgustada. Como teníamos que pasar todo el día siguiente hablando con el personal de la clínica, no nos quedó más remedio que irnos a la cama y olvidarnos de la iglesia.

Por la mañana, realizamos un recorrido completo por la Clínica Mayo y averiguamos cómo funcionaba. Lo hacían de maravilla. Sin embargo, todo lo que podía hacerse en un hospital de clase media alta en Minnesota resultaba evidentemente imposible de implementar en una clínica de Nueva York. Su nivel de eficiencia era tan alto que hasta cada consultorio tenía el instrumental en los mismos cajones, de modo que cualquier médico supiera con exactitud en qué cajón encontrar el equipo que necesitaba. Al final de un largo día, mientras esperaba a Helen en el vestíbulo del hotel, me acerqué al quiosco de periódicos y vi un pequeño folleto sobre la historia de la Clínica Mayo. Lo hojeé y, para mi sorpresa, encontré una imagen de una iglesia tal como la que Helen había descrito. Era luterana, pero ya no existía. La Clínica Mayo se había construido en el mismo

lugar donde había sido demolida la iglesia. Me pareció un hallazgo emocionante. Le mostré el folleto a Helen y le dije que después de todo no estaba loca. Su reacción fue ambivalente: sintió cierto alivio, pero ya no quería saber nada del tema, cuya obvia inminencia la incomodaba. Helen no quería ser psíquica ni que la llamaran así. Esta reacción era típica de su habitual inquietud y ambivalencia frente a muchas situaciones. Le resultaba difícil sentirse del todo cómoda.

Durante nuestro vuelo de regreso a Nueva York, tuvimos que hacer una escala en Chicago. En la sala de espera, Helen vio a una joven y sintió que se hallaba en serios problemas. Miré a mi alrededor y noté que casi todos en la sala parecían incómodos; no veía ninguna diferencia entre aquella mujer, sentada en un rincón lejano, y el resto de la gente. Yo, desde luego, no me había sintonizado con ella. Solo quería regresar a Nueva York y disfrutar de un poco de paz y tranquilidad. Helen, que no solía actuar así, se concentró en la joven y dijo que seguramente le ocurría algo.

—Voy a acercarme para hablar con ella —dijo. Y así lo hizo. Yo decidí no moverme de donde estaba.

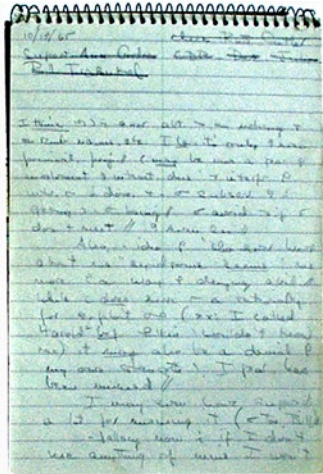
A los pocos minutos, Helen regresó y me presentó a la mujer, cuyo nombre era Charlotte Zylch. Siempre recordaré ese nombre. Resultó que Charlotte estaba dejando atrás a su familia —su esposo y dos hijos pequeños— y se dirigía a Nueva York por primera vez en su vida. Nunca había viajado en avión y le aterraba volar, además de que sentía un gran miedo de ir a Nueva York. En realidad, estaba huyendo. Helen consiguió que Charlotte se sentara con nosotros y también prometió que le ayudaría a encontrar un lugar donde quedarse en Nueva York. Durante el vuelo, le pregunté a Charlotte:

—¿Qué habrías hecho si no te hubieras encontrado con nosotros?

—Creo que habría ido a la iglesia luterana en Nueva York y de algún modo habrían encontrado un lugar para mí —respondió ella.

En ese momento, todo cobró sentido, y Helen escuchó una voz clara que le decía: «Esta es tu verdadera iglesia: ayudar a tu hermano en dificultades, no un edificio físico». Logramos ayudar a Charlotte a encontrar alojamiento y, poco tiempo después, regresó con su familia.

La experiencia en la Clínica Mayo tuvo un gran impacto en ambos. Fue una preparación importante para que Helen aprendiera a escuchar mejor su voz interior y reconociera que se trataba de algún tipo de viaje espiritual. La voz interior de Helen comenzó a dictarle *Un curso de milagros* al mes siguiente. Este viaje me pareció una parte fundamental de la preparación



PARTE II

Esta voz interior ya era claramente identificable cuando Helen volvió a escucharla. Ella estaba orgullosa de ser psicóloga investigadora, pero no de oír voces, tener visiones intensas o experimentar los sucesos psíquicos que ocurrieron durante el verano de 1965. Todo esto le resultaba muy angustiante. Tenía la persistente impresión de que tal vez estaba perdiendo la razón, ya que no lograba conciliar estas experiencias con su mentalidad científica. A medida que el verano llegaba a su fin y comenzaba el otoño, su conflicto interno se intensificó. Una noche de octubre, me llamó y me dijo:

—Esa voz interior no se quiere ir, ¿sabes? Sigue repitiendo: «Esto es *Un curso de milagros*, por favor, toma notas». ¿Qué debo hacer? ¿Y si es una locura? ¿Y si no tiene sentido?

Era evidente que estaba atravesando una gran angustia. Le respondí lo único que me pareció lógico:

—¿Por qué no anotas lo que diga? Mañana por la mañana me lo lees en la oficina y, si no tiene sentido, nadie tiene por qué enterarse. Pero al menos sabremos de qué se trata.

Así lo hicimos. A la mañana siguiente, Helen llegó y me leyó aquella hermosa introducción al *Texto*, que dice: «Nada real puede ser amenazado. Nada irreal existe. En esto reside la paz de Dios». Era evidente que estábamos sintonizando con algo que difícilmente podía considerarse una locura, por inesperado que fuera.

Parte de mi papel con Helen consistía en brindarle apoyo y tranquilidad cuando la atemorizaban estas experiencias psíquicas, así como con otros miedos que surgieron a medida que avanzaba el «proyecto». En cierto nivel, yo creía en la realidad de ciertas experiencias psíquicas, ya que había tenido algunas, como cuando encontré mi apartamento. Y también tuve otras vivencias así. Recuerdo que, cuando era estudiante de posgrado y trabajaba en mi doctorado, a veces me preguntaba: «¿Por qué estoy haciendo esto?» Una vez, al formularme esa pregunta, recibí una respuesta muy clara: «No lo sabrás por muchos, muchos años, pero cuando lo descubras, te hará inmensamente feliz». Y, sin más, lo acepté. De alguna manera curiosa, una parte de mí estaba familiarizada con la idea de la comunicación interior, pero no tenía claro qué hacer con ella. No era un tema del que se hablara en mi entorno académico, así que me limité a dejarlo de lado. No negaba su existencia, pero tampoco intentaba explicarlo. Este tipo de cosas me habían ocurrido con suficiente frecuencia como para que no me sorprendieran del todo las experiencias de Helen. Al mirar atrás, veo que hubo muchas vivencias similares, sucesos extraños que no lograba explicar del todo.

Así que, cuando Helen comenzó a escuchar una voz interior, yo sabía que no se la estaba inventando. Ella tenía una marcada tendencia a dramatizar para llamar la atención, pero yo sabía que esto era algo que no encajaba en esa categoría. Era algo muy genuino. A pesar de que le asustaba, reconocía en esa voz una autenticidad que no pertenecía a sus propios pensamientos. Y al mismo tiempo, a pesar de su intensidad, la recibía con desapego. En contra de lo que algunos podrían pensar, Helen afirmaba que no oía una voz externa. Lo que escuchaba era, en realidad, una parte de su propia mente, desde luego separada de su conciencia o percepción habitual del ego. Al transcribir *Un curso de milagros*, era casi como si activara y desactivara una grabadora. Solo tenía que prestar atención a lo que se decía y anotarlo en su libreta de taquigrafía, y eso es justo lo que hacía. No había una voz externa de ningún tipo, pero le llegaba una impresión mental muy nítida. Y aunque el Curso llegó de una manera que yo nunca habría imaginado, sí lo recibí como la respuesta a mi deseo de ver las cosas de otra manera y a mi decisión de encontrar esa otra manera.

Me parecía que, si valoraba mi papel como científico, debía considerar todas las pruebas antes de descalificar nada de esto. Al principio, me pregunté: «¿Puede esto ser cierto? ¿O es solo un disparate?». Pero, a medida que leía el material, me di cuenta de que el ego de Helen jamás podría haber escrito algo así. Era del todo ajeno a su formación, a sus intereses y a su forma de conceptualizar las ideas abstractas. Sencillamente era imposible que la parte egoica de Helen hubiera escrito eso.

Después de hacer caso a la voz que le dijo: «Este es *Un curso de milagros*; por favor, toma notas», Helen se sintió más a gusto al ver que el material tenía sentido cuando lo transcribimos. Y a medida que el contenido se desarrollaba, se iba haciendo cada vez más hermoso. Cientos de páginas están escritas en pentámetro yámbico, el verso libre shakespeariano. Cuando nos dimos cuenta de esto, la belleza de los conceptos adquirió aún más realce. Era casi como si nos estuvieran dando palabras y música al mismo tiempo. Helen, sin duda, era muy sensible a la calidad literaria del material. Eso era importante para ella, y también para mí. Al mismo tiempo, y por fortuna, Helen sentía que era su función transcribirlo. Además, no le era posible frenar el proceso. En ocasiones, cuando intentaba detenerlo, no podía dormir o se despertaba en mitad de la noche tras un sueño intranquilo. Entonces comenzaba a transcribir parte del material. Parecía que no podía descansar si no lo hacía.

Así fue como comenzamos. Y también quizás en un estado de pánico. Al principio, tuve dificultades incluso para mecanografiar con precisión parte de este material, lo que se reflejaba en errores tipográficos reveladores. Por ejemplo, cuando apareció el término «salvación», invertí las letras «a» y «l» y escribí «slavation» (que en inglés se asemeja a «esclavización»). O cuando el Texto decía «tú y tu hermano (*brother*)», recuerdo haber omitido una «r» y escribir «tú y tu molestia (*bother*)». También tenía problemas con palabras como «crucifixión», que en un principio escribí como «ficción»: «crucifcción». Así que ambos experimentamos muchos conflictos al transcribir el material, además de las dificultades y ansiedades que implicaba plasmarlo. Pero comprendí que el primer paso era dejarlo escrito y, cuando ya lo tuviéramos en su totalidad, podríamos empezar a estudiar lo que decía.

Además, cuando terminamos de transcribir los «cincuenta principios de los milagros», que fue lo primero que llegó del *Texto* —y después de revisarlos con detenimiento— me di cuenta de que, si eran ciertos, tendría que reevaluar absolutamente todo en mi vida. Tendría que cambiar de mentalidad. Para mí, eso era muy amenazante. No veía cómo sería posible un cambio así.

Me sentía ante un desafío que superaba mi capacidad para afrontarlo. Por otro lado, como yo no sabía adónde iba esto —aunque parecía ser la dirección correcta—, decidí que mi única opción era dejarme llevar sin tratar de forzar un cierre prematuro. No sabía qué era capaz de aprender, aunque me parecía una tarea enorme para la que no sabía si estaba listo. Pero más tarde comprendí que solo se necesita una pequeña dosis de buena voluntad. Estar listo no implica haber alcanzado el dominio; solo implica estar dispuesto a cambiar. Y me di cuenta de que yo tenía cierta disposición.

Cuanto más leía este material, más sentido tenía. No contenía nada demasiado extraño, pero sí representaba un sistema de pensamiento por completo diferente al que había aprendido desde niño. No era ciertamente el sistema de pensamiento de mis colegas en psicología, ni tampoco el que se practicaba en el centro médico. Sin embargo, muchos de sus conceptos tenían un gran sentido práctico. Y creo que eso fue lo que encontré tan atractivo y convincente. El material decía que solo existen dos emociones: el miedo y el amor. Y comprendí que eso resolvía la interminable jerarquía de emociones con la que nos hemos complicado en psicología y psiquiatría. Y, en esencia, es cierto. Si siento miedo, no puedo sentir amor. Y en un estado de amor, el miedo desaparece de mi consciencia. Así que estos conceptos tenían un valor práctico. Por supuesto, aplicarlos era otra cuestión, pues implicaba un cambio gradual en nuestra manera de pensar.

El *Texto* es la primera parte del material en el que trabajamos. Nos llevó casi tres años y terminó siendo un volumen de 669 páginas. Cuando comenzamos, no sabíamos en qué consistiría *Un curso de milagros*; no teníamos idea. No sabíamos si serían solo unas páginas. Pero Helen había preguntado una vez: «¿Cómo sabré cuándo ha terminado?» Y le respondieron: «Escucharás la palabra ‘Amén’». Esa frase aparece al final del *Texto*, donde se dice: «Y ahora decimos ‘Amén’».

Cuando el *Texto* estuvo completo, Helen sintió, al igual que yo, que nuestra tarea estaba cumplida y que ya teníamos mucho por hacer con solo tratar de aprender esos conceptos y aplicarlos en nuestra vida. En ese momento, además, Helen se sintió aliviada, pero a la vez ansiosa por haber perdido su cometido; parecía haber concluido. Durante un tiempo, no hubo más material ni señales de que hubiera más por venir. Sin embargo, después de unos nueve meses, Helen comenzó a sentirse cada vez más inquieta.

—En realidad echo de menos mi cometido; siento que va a llegar algo más, algo parecido a un libro de ejercicios —dijo. Yo le pregunté:

—¿Libro de ejercicios? ¿Qué será eso?

Pero no fue muy específica más allá de esa sensación. Solo estaba consciente de que *Un curso de milagros* aún no estaba completo. Entonces, un día, comenzó a transcribir el *Libro de ejercicios*, que consta de 365 lecciones, una para cada día del año. Así comenzó la segunda parte del Curso. Esto llevó unos dos años y medio y, al finalizarlo, de nuevo pensamos que habíamos terminado. Sin embargo, después de varios meses sin estar seguros de qué ocurriría a continuación, se anunció el tercer y último volumen: el *Manual para el maestro*. Así que transcribir el Curso nos llevó aproximadamente siete años en total, desde el inicio con el *Texto*, pasando por el *Libro de ejercicios* hasta concluir con el *Manual para el maestro*.

Poco después de que comenzáramos a transcribir el *Texto*, me invitaron a un congreso sobre la diabetes juvenil en Princeton, Nueva Jersey, patrocinado por una fundación. Era un tema del que no sabía nada. Sin embargo, por diversas razones políticas en el centro médico, sentí que era importante asistir. Pensé: «Esto es muy incómodo, ¿cómo puedo participar en un congreso sobre un

tema que desconozco?»). Y estaba muy tenso. En ese momento, Helen transcribió un mensaje que formaba parte del *Texto*, pero que también era un mensaje especial para mí. Me ayudó mucho en el congreso, y sé que también ha sido de gran utilidad para muchas personas que han estudiado el Curso a lo largo de los años. Aparece en la primera parte del *Texto*, en el capítulo 2, bajo el título «Principios especiales para los obradores de milagros», y dice:

Estoy aquí solo para ser verdaderamente útil. Estoy aquí en representación de Aquel que me envió.

No tengo que preocuparme por lo que debo decir ni por lo que debo hacer, pues Aquel que me envió me guiará.

Me siento satisfecho de estar dondequiera que Él desee, porque sé que Él va conmigo.

Sanaré a medida que le permita enseñarme a sanar. (T-2.V-A.18:2-6)

Este mensaje me ayudó a reconocer que no necesitaba depender de mis defensas intelectuales para el congreso ni para ninguna otra cosa. Bastaba con ser consciente de que estaba allí para ser en verdad útil y que recibiría la guía y la ayuda necesarias. Sea cual fuere la tarea, no necesitaba planificar, no necesitaba adelantarme. Era una actitud muy diferente. Yo estaba acostumbrado a hacer planes, anticipar, tener las ponencias y todo preparado intelectualmente de antemano. Creo que aquí el énfasis está en aprender a confiar.

Sin embargo, muchas veces Helen llegaba por la mañana y me decía que el Curso parecía desvariar, que el material no tenía sentido y que estaba cansada de desempeñar su función. Pero cada vez que eso sucedía, nos sentábamos, transcribíamos el material y luego lo leíamos. Todas esas dudas y preocupaciones se disipaban; el material fluía sin interrupciones. Era hermoso, profundo y, lo más importante, nunca parecía contradecirse. La mente lógica de Helen respondía muy bien a esto. Recuerdo con especial claridad una mañana en la que Helen llegó muy angustiada, quizá más de lo que la había visto en mucho tiempo. Esto ocurrió cuando íbamos por la mitad del *Texto*. Me dijo: «Esto ahora sí que ha llegado al colmo. Es una sarta de disparates, no tiene ningún sentido, no dice nada. Es absolutamente imposible. Me niego a leerlo». Después de que la calmé un poco, accedió a leerme el material. Aquí está el final de esa sección, un pasaje muy conmovedor; una oración:

Perdónanos nuestras ilusiones, Padre, y ayúdanos a aceptar la verdadera relación que tenemos Contigo, en la que no hay ilusiones y en la que jamás puede infiltrarse ninguna. Nuestra santidad es la Tuya. ¿Qué puede haber en nosotros que necesite perdón si Tu Perdón es perfecto? El sueño del olvido no es más que nuestra renuencia a recordar Tu perdón y Tu Amor. No nos dejes caer en la tentación, pues la tentación del Hijo de Dios no es Tu Voluntad. Y que recibamos únicamente lo que Tú has dado, y que aceptemos solo eso en las mentes que Tú creaste y que amas. Amén (T-16.VII.12:1-7).

En ese momento, Helen rompió en llanto, al ver la belleza del lenguaje y la profundidad del pensamiento. En cierto sentido, era el equivalente al padrenuestro dentro del Curso. Y nos impactó hondamente tanto a Helen como a mí, claro. Creo que después de eso Helen sintió menos conflicto interior transcribiendo el material. Sin embargo, no puedo decir que su conflicto desapareciera por completo, ya que reaparecía de diversas formas y en distintos momentos.

Durante los casi tres años que trabajamos en el *Texto*, el material llegaba con un ritmo algo errático. Al principio, parecía haber un torrente de contenido que Helen transcribía. Pero también había períodos de varios días en los que no sentía ganas de tomar notas, aunque sentía que había más por recibir. Podía posponerlo unos pocos días, como mucho, pero nunca por mucho tiempo. Llegaba en segmentos muy irregulares, según la disponibilidad que tuviera Helen. Sin embargo, encontraba de inmediato el tiempo para tomar notas si lo sentía más urgente, incluso en el metro o en un taxi. Con frecuencia, lo transcribía en casa o durante los ratos libres en la oficina. Lo que estuviera ocurriendo a su alrededor nunca parecía importar. En ningún momento entraba en trance ni en nada remotamente parecido; el material fluía sin necesidad de ningún estado alterado. Pero sí se concentraba con mucho cuidado mientras lo escribía. También podía detenerlo o reanudarlo en cualquier momento, y hasta interrumpir en medio de una oración para hablar con alguien sobre otra cosa. Y luego podía retomarlo justo donde lo había dejado, sin necesidad de releer lo que ya había escrito. Yo a veces tenía la impresión de que el material ya estaba completo y que ella solo lo estaba transcribiendo.



Dr. William Thetford y Dra. Helen Schucman

Estábamos juntos todos los días, ya que nuestras oficinas eran contiguas, por lo que podíamos hacer esto en los ratos libres del trabajo. Pero el momento más común, y casi siempre más tranquilo, era durante la hora del almuerzo. Yo compraba un emparedado en la tienda *Chock Full of Nuts* y nos sentábamos allí con pocas interrupciones. Al mismo tiempo, Helen y yo reconocíamos que era crucial realizar nuestra tarea con el Curso de una manera que no interfiriera con nuestras responsabilidades laborales. Ambos éramos personas muy ocupadas. Nuestro trabajo y compromisos con el centro médico tenían prioridad, por supuesto, y había que respetar esas obligaciones en todo momento. De alguna manera, todo parecía encajar sin dificultad en pequeños segmentos de tiempo.

Helen me leía el material en su libreta de taquigrafía, y yo lo mecanografiaba directamente. Escribía el original y dos copias con papel carbón. Cuando terminábamos una sección, que podía tener varias páginas o solo unas pocas, procedíamos a revisarlo. Con el tiempo, el proceso se volvió bastante sencillo y casi automático. Nos centrábamos en lo que había que hacer, sin involucrarnos demasiado con el contenido. Eso lo dejábamos para más tarde. Tratábamos de hacer a un lado nuestras facultades evaluativas, pero a veces nos asombraba lo que surgía. Para mí, lo importante era concentrarnos en plasmarlo por escrito. Helen solía sentirse incómoda si conversábamos sobre el material. Sentía que debíamos limitarnos a transcribirlo, revisando su precisión, sin intentar comprender qué significaba.

Creo que Helen le temía a cualquier tipo de compromiso específico con este material. De hecho, al principio me dijo: «Tú asumes la responsabilidad por lo que diga». Luego me dijo que ella solo se hacía responsable por el estilo gramatical y la pureza del dictado. Afirmó que, si aparecía algún error gramatical o cualquier «gazapo», se negaría a continuar. Y fue de esta manera como se disoció del proceso. Así que ambos teníamos una mirada bastante crítica para revisar el material, buscando posibles errores o equivocaciones. Yo mecanografiaba lo que Helen dictaba, y

luego volvíamos a revisar la copia de ese día para asegurarnos de que habíamos transcrito todo con perfecta exactitud. Aunque en ocasiones Helen sentía la tentación de cambiar una palabra, luego se daba cuenta de que, si lo hacía, el material perdería sentido más adelante. Su compromiso con la transcripción exacta era extraordinario. Sin embargo, en ese momento decidí no asociarse con el contenido, tal vez por percibirlo amenazante para ella. Aún así, sabía y entendía perfectamente lo que decía.

Conceptos y aplicaciones desafiantes

Durante este periodo en 1965, Helen y yo también compartíamos un sentimiento de emoción. De alguna manera, habíamos encontrado nuestro cometido. Yo no sabía a dónde nos llevaría esto y no tenía idea de lo que significaba *Un curso de milagros*. Pero no me gustaba el título, pues me parecía bochornoso, raro y poco científico. El término «milagro» me molestaba. Creo que a Helen también. La idea de un curso de milagros parecía absurda. Sin embargo, cuando definió un milagro como la eliminación de las barreras a la presencia del amor en nuestra conciencia,



Helen y Bill

todo comenzó a tener sentido. Así que teníamos muchos sentimientos encontrados, pero también valorábamos su importancia. Ambos teníamos la sensación de que no se trataba de algo pequeño. Yo tenía la fuerte convicción de que Helen podía hacerlo, y sé que, sin mi apoyo y ánimo constantes, ella no habría continuado. De hecho, hacer esto juntos nos hacía sentir unidos en un propósito común, a diferencia de otras actividades, como escribir artículos o realizar proyectos en el centro médico. No tenía idea de que resultaría ser una

obra extensa, ni mucho menos un libro de tres volúmenes. Nada parecía indicarlo. A veces sentíamos que este «proyecto» era imposible, fuera cual fuera el objetivo. Además, yo sentía cierta frustración y me costaba mucho trabajar con Helen en cuanto a la comprensión del contenido. Sí, hablábamos sobre eso, pero yo lo veía como un desafío para cambiar de mentalidad, mientras que ella lo veía como una amenaza y parecía decidida a mantenerse en esa postura. Era difícil no tener con quien hablar de esto, ya que Helen quería mantenerlo en secreto, como algo que no debíamos compartir ni comentar con otros, al menos por el momento. Sin embargo, yo necesitaba al menos un confidente que compartiera nuestros intereses, alguien de confianza, dispuesto a hacer un voto de silencio y con una formación que le permitiera apreciar el material.

La persona que vino a nuestro rescate fue Calvin Hatcher, un administrador del hospital con quien había trabajado estrechamente en problemas departamentales. Cuando almorzamos juntos unos meses antes de que comenzara el dictado del Curso, Cal me había dicho que anhelaba tener un amigo con quien hablar sobre su interés en la religión y los asuntos espirituales. Fue sorprendente que dijera eso, ya que en realidad no me conocía tan bien como para mencionar algo tan personal.

—Cal —le dije—, no sé nada de religión ni de espiritualidad, ni me interesa. Me temo que no soy la persona indicada para eso.

Así que, cuando el Curso comenzó, parecía claro que Cal lo estaba esperando, y yo sabía que él era la persona con quien necesitábamos compartirlo. A Helen le dio un ataque cuando le hablé de mi intención. Tenía miedo de mezclar el Curso con la administración del hospital. Pero Cal y yo éramos lo bastante amigos como para saber que él no haría nada que pudiera comprometernos,

así que ella, con reticencia, me dio permiso para compartirlo con él. A partir de entonces, cuando mecanografiaba las tres copias cada mañana, le daba el original a Helen, yo me quedaba con una copia y le daba la otra a Cal.

Durante varios años nos reunimos en mi oficina temprano por la mañana, antes de nuestro horario laboral, que comenzaba a las 8:00. Repasaba el material que había mecanografiado el día anterior e intentaba explicárselo a Cal. Esa era mi manera de tratar de aprender su significado, enseñárselo a él. Cal sabía mucho más que yo sobre la Biblia, un tema bastante nuevo para mí, y tenía una mente crítica e inquisitiva; quería entender qué significaba todo esto y cuáles podrían ser sus implicaciones. Eso me brindó mi primera oportunidad para descubrir qué pensaba yo al respecto. Nuestras conversaciones fueron sobremedida útiles y nos permitieron continuar, aunque yo sintiera que no estábamos aprendiendo juntos el contenido, pues era mucho más difícil hablar con ella sobre su significado.

El problema de no aprenderlo junto con Helen me molestaba bastante. A veces sentía que lo estábamos aprendiendo, pero esto variaba mucho. En ocasiones, nuestra relación parecía deteriorarse a medida que avanzaba el dictado. Creo que me había convertido en un símbolo de la amenaza que Helen percibía en el Curso; yo era el culpable al cual atacar. Y esto empeoró con el tiempo. Era muy difícil.

Cuando Kenneth Wapnick apareció en escena poco después de concluir nuestra transcripción del Curso, su presencia hacía mucha falta. Aunque Ken alivió gran parte de la presión que yo sentía, lo que ocurrió fue que Helen se volvió aún más hostil hacia mí. Me convertí en el enemigo. Ella siempre había tenido la actitud general de asumir que era preciso eliminar a alguien para que otro pudiera sobrevivir. Yo estaba a cargo del departamento entero y de todo lo demás, pero oficialmente estaba eliminado. Ella siempre me enviaba mensajes con doble sentido, lo cual también me resultaba muy difícil. No sabía cómo gestionar la situación y comencé a sentirme cada vez más aislado.



Helen con Ken Wapnick

Era evidente que ahora la relación entre Ken y Helen reemplazaba la que ella y yo habíamos tenido durante tanto tiempo. En parte, sentía alivio, pero al mismo tiempo me sentía excluido. Además, experimentaba un creciente temor, casi pánico. Si en realidad nos tomábamos en serio este Curso, no podíamos hacer caso omiso de lo que decía. Con frecuencia mencionaba frases como «vosotros, Helen y Bill», que nosotros interpretábamos como «vosotros dos» o «tu hermano y tú». Era un mensaje muy personal, por lo que sentía que, si realmente lo aceptábamos como verdadero, no podíamos ignorar su insistencia en que, si no lo hacíamos los dos juntos, no lo lograríamos.

Pasé mucho tiempo tratando de hablar con Helen sobre mis sentimientos al respecto. Por alguna razón, sentía que necesitábamos sanar nuestra relación tal como sugería el material. Con el tiempo, Ken intentó incluirme más, pero tampoco sabía con certeza qué hacer. A mí me parecía que, si no lo lográbamos resolverlo antes de que Helen se jubilara, nunca lo haríamos; perderíamos nuestra oportunidad. Eso me preocupó durante mucho tiempo y me dificultó seguir estudiando el Curso y relacionarlo con mi vida. Era algo que había llegado a nuestras vidas y las había transformado. Yo no sabía cómo hacer para practicar solo. Necesitaba a alguien con quien sentirme acompañado. Cal fue de gran ayuda, pero no era lo mismo. Necesitaba una relación en la cual enfocar

este material y su significado. Para mí, estaba claro que debía ser la relación entre Helen y yo, una relación que ciertamente necesitaba el cambio que el Curso prescribía. Recuerdo haberle dicho a Helen muchas veces lo importante que era esto para mí. Al mismo tiempo, sentía que el material tendía a generalizar, a decir «tu hermano y tú» en términos genéricos, sin especificar que debíamos ser nosotros dos. Era obvio que no se refería solo a Helen y a mí. Aun así, yo sentía que nadie lograba compartir lo que yo percibía con respecto a nuestra relación, y me costaba expresar ese sentimiento, que durante muchos años impregnó mi experiencia del Curso. Ya no siento eso. Pero, por supuesto, no habría sido un problema tan grande para mí si no hubiera tenido mi propia dosis de resistencia.

Sin embargo, yo sentía que todo esto estaba pasando porque Helen y yo necesitábamos una lección poderosa, tanto porque nuestra relación era extrema como por la resistencia que sentíamos. Muy pocas relaciones pueden ser tan intensas y sostenerse mientras se pasa tanto tiempo juntos. Además, yo representaba muchos papeles para Helen. Era su jefe, su fantasía amorosa, su salvador para sacar adelante este material, y quien debía hacer todo lo necesario en todo momento. Yo ocupaba el lugar de su esposo, su hermano y su padre, compensaba lo que ella había sentido con todo lo que su padre no había hecho. No sé por qué acepté esta relación tan complicada. Al mismo tiempo, sentía una gran dependencia emocional hacia Helen, aunque sin duda yo era la persona a cargo. Mi rol no era dependiente en cuanto a las personas del departamento; era consciente de eso. Helen era enormemente capaz cuando se concentraba. En nuestra relación, llegamos a ser tan interdependientes que nos resultaba muy difícil funcionar de otra manera. Esto continuó incluso después de que llegara Ken. Me costaba mucho no asociar todas estas vivencias con lo que dice el Curso. Habla de paz, amor, alegría y armonía, pero para mí todo era un caos. Muchas veces lo único que sentía era la tentación de saltar por la borda.

Una de las razones por las que esto era tan difícil era que también estaba sometido a una presión constante en un centro médico muy competitivo; el juego era matar o morir. Esa era la mentalidad. Yo estaba decidido a no quedar atrapado en ella, pero no había manera de evitarla por completo. Era un equilibrio delicado en muchos aspectos. No lo hacía tan mal, pero no había manera de saber cómo se hacía ni de sentirse bien al respecto. Con el tiempo, las cosas mejoraron y me resultó más fácil afrontar situaciones imposibles. También aprendí mucho. Aprendí a manejar situaciones irresolubles que parecían resolverse milagrosamente.

Mi secretaria, Pearl Belowsky, del Bronx, que era atea y muy recelosa contra el cristianismo, solía decir: «Oh, el doctor Thetford acaba de hacer otro milagro». Howard Hunt, un colega cercano que había sido presidente del Departamento de Psicología de la Universidad de Chicago, decía: «Ahí va Bill, caminando otra vez sobre el agua». De diversas formas me llegaban validaciones así. Sabía que no era yo quien hacía esas cosas, sino que hasta cierto punto estaba siguiendo una guía. Pero en realidad no me sentía en paz; tenía la sensación de estar a prueba sin cesar. Y mucho de esto provenía de un ego fortalecido. El contraste era extremo: por un lado, la peor actitud defensiva del ego; por otro, el epítome de lo espiritual que representaba el Curso. No sabía cómo gestionar esta dicotomía. Con todo, casi siempre mi desafío era el mismo: «¿Cómo puedo vivir este día procurando aplicar estos principios frente a las grandes tentaciones del ego?». Y, aunque aprendí mucho, nunca aprendí a vivirlo de manera plenamente satisfactoria o consistente. Sin duda alguna, no me encontraba en un estado de paz y ecuanimidad. No obstante, con el tiempo aprendí a mejorar mis relaciones.

Al principio me enfoqué en algunos de mis colegas más cercanos. En aquellas relaciones que

habían sido conflictivas o en particular difíciles, empecé a practicar los conceptos del Curso aplicando el perdón y evitando participar en el juego de la culpa, el ataque o la defensa, sin importar la provocación aparente. En última instancia, lo esencial en *Un curso de milagros* consiste en cambiar nuestra manera de ver el mundo y a las demás personas. Empecé a darme cuenta de que mi responsabilidad era cambiar mi propia percepción, no tratar de cambiar a las personas con las que me relacionaba. Por ejemplo, un colega en particular, que había sido clave para mi ingreso al centro médico, estaba molesto por varios problemas que habíamos intentado resolver juntos. Parecía que no consideraba adecuada ninguna sugerencia que yo hiciera y con el tiempo fuimos desarrollando cada vez más hostilidad y resentimiento. Llegué a un punto en que ya no sabía cómo mejorar mi comunicación con él. Cuando llegó el Curso, pensé: «Bueno, aquí hay alguien con quien es obvio que puedo poner en práctica estos principios. Si esto funciona en mi relación con un colega difícil, puede funcionar en cualquier parte». Así que comencé a visitarlo en su oficina todos los días. Solo dejé de reaccionar de la manera en que solía hacerlo, sin importar lo que él dijera o hiciera. No me alteraba, no me ponía a la defensiva ni contraatacaba.

Esto continuó durante algún tiempo. Y una mañana que no pude pasar a visitarlo como de costumbre, recibí una llamada telefónica en la que me dijo:

—Bill, ¿estás bien? ¿Estás bien hoy?

—Sí, todo está bien, no pude pasar.

Terminamos yendo a un congreso fuera de la ciudad, en el que era costumbre compartir habitaciones. Entonces se acercó y me dijo:

—Bill, prefiero compartir la habitación contigo que con ninguna otra persona. ¿Podemos?

Ese me pareció un momento de extraordinaria sanación para ambos. Más tarde, mientras íbamos hacia el bar y luego a cenar, tomó un puñado de almendras y comentó:

—Edgar Cayce me dijo que las almendras previenen el cáncer.

No podía creer lo que estaba escuchando. Le pregunté:

—¿De verdad tuviste amistad con Edgar Cayce? ¿Lo conociste?

Respondió que sí. Me contó que había estado en el ejército hacia el final de la Segunda Guerra Mundial, poco antes de la muerte de Cayce, y que había conocido a su familia. En ese instante, sentí que habíamos logrado resolver un problema a largo plazo. Fue una sensación continuada de libertad y entusiasmo indescriptibles, y nunca más tuvimos ningún conflicto.

Yo había decidido dejar todas mis relaciones sanadas lo mejor que pudiera antes de retirarme del centro médico, y siento que así fue. Si podía evitarlo, no iba a dejar que se prolongara ningún conflicto del ego. Eso marcó una gran diferencia para mí; realmente quería cambiar. Parecían ocurrir muchas cosas al mismo tiempo en distintos niveles, tanto externos como internos. Descubrí que podía tener una relación santa con cualquier persona, excepto con Helen: con ella no sabía cómo. Lo intenté una y otra vez, pero incluso ahora no puedo leer el Curso con la objetividad de alguien que se acerca a él sin un pasado ligado a su contenido. A pesar de toda la turbulencia, Helen y yo estábamos comprometidos con nuestra tarea. Era un deber sagrado, algo que debíamos hacer y que hicimos. Me parecía que habíamos cumplido lo mejor que supimos, pero que no habíamos obtenido suficientes beneficios ni recompensas. Eso me entristecía. No quería culpar a Helen, porque no era cuestión de buscar culpables. Pero tampoco sabía cómo trabajar en nuestra relación.

En busca de contexto

En este punto, necesito hacer un breve paréntesis para ampliar una fase importante en la transcrip-

ción de *Un curso de milagros* que nos ayudó a Helen y a mí, especialmente a mí, a desarrollar una perspectiva mejor. Poco después de comenzar con el Texto, empecé a preguntarme si habría otros escritos similares al material que Helen estaba transcribiendo. Era obvio que estábamos haciendo algo muy inusual, pero pensé que no podía ser único y que tal vez habría algo relevante en el misticismo. Cuando me adentré en la investigación, encontré todo tipo de libros que parecían llegarme a las manos. Leí mucho y, en especial, me impresionó Vivekananda y su reformulación de las enseñanzas del Vedanta. También los escritos de Joel Goldsmith tenían semejanzas con el material. Su libro *Un paréntesis en la eternidad* me resultó útil. También había similitudes en las enseñanzas de la Iglesia Unity, aunque no eran iguales. El Curso es mucho más amplio y exigente. Ya estaba familiarizado con la filosofía perenne, que era un buen material introductorio. Y, por supuesto, conocíamos el material de Cayce; también había leído *Many Mansions*, de Gina Cerminara, que trataba sobre la reencarnación.

En la misma línea de estos conceptos y de la reencarnación, Helen menciona en su autobiografía la imagen de una antigua sacerdotisa, casi prehistórica, que no está anclada, que no pertenece del todo a este mundo. Había un templo blanco al que la gente acudía en busca de sanación. Pero la sacerdotisa no podía tratar directamente con la gente; necesitaba un intermediario. Ese intermediario era un hombre que transmitía las peticiones porque era la única persona con la que ella podía hablar. Él estaba anclado lo suficiente como para comunicarse con los demás, pero ella no. Él era su vínculo con el mundo. La gente iba al templo en busca de ayuda; el intermediario escuchaba sus problemas o necesidades y se las transmitía a la sacerdotisa. Ella realizaba su tarea y la gente sanaba. Helen tenía muy claro que yo era el intermediario y ella la sacerdotisa. Sentía que esto representaba en cierto modo la relación que habíamos tenido hace mucho tiempo, tal vez en la Atlántida, algo que siempre me intrigó. A veces me preguntaba si en esta vida no lo estaríamos poniendo en escena de una forma diferente. Mi pregunta en ese momento era si había algo específico que necesitaba saber sobre mi cometido y cómo se relacionaba con esto. Quería averiguar cualquier cosa que pudiera ser útil.

Debido a esto y a experiencias similares, creció mi intriga con la noción de reencarnación y empecé a pensar con seriedad en ello. Sentía que, en realidad, nada de esto me importaba personalmente. Nunca me habían atraído los aspectos personales de lo que yo había sido. Una noche tuve una conversación muy peculiar con Helen. De la nada, mientras estábamos trabajando en el Texto y hablando de algo del todo irrelevante, ella dijo:

—Oh, sé quién eras. Eras Orígenes.

—¿Qué?

Más adelante investigué sobre Orígenes para descubrir que fue uno de los Padres de la Iglesia primitiva, y se le considera uno de sus principales maestros. Al final fue perseguido por difundir enseñanzas heréticas alrededor de la época de Titianus, en el siglo III d. C. En el Concilio de Constantinopla se le imputaron varias acusaciones póstumas, y muchas de sus enseñanzas, que se habían vuelto inaceptables, incluida la reencarnación, fueron eliminadas o censuradas.

Orígenes, 185-254. Uno de los mayores ejemplos de místicos cristianos primitivos, por lo general considerado el mayor teólogo y erudito bíblico de la Iglesia oriental temprana. Se presume que nació en Egipto, quizás en Alejandría, en una familia cristiana. A los dieciocho años, sucedió a Clemente de Alejandría como director de la escuela catequética de Alejandría, donde había estudiado. Entre 203 y 231, Orígenes viajó extensamente y atrajo a un gran número de estudi-

antes tanto por su forma de vida como por su enseñanza. Según Eusebio, interpretó el mandato que viene en Mateo 19:12 como que debía castrarse a sí mismo. Aunque no fue ordenado, Orígenes predicó en Palestina (c. 215) por invitación de los obispos locales, pero Demetrio, obispo de Alejandría, consideró que esta actividad era una violación de la doctrina eclesiástica y le ordenó regresar a Alejandría. Volvió a Palestina en 230 y fue ordenado sacerdote por los obispos de Jerusalén y Cesárea. Entonces Demetrio excomulgó a Orígenes, lo privó de su sacerdocio y lo envió al exilio. Orígenes volvió a la seguridad de Cesárea (231) y estableció una escuela de teología, que presidió como director durante veinte años. La persecución fue retomada en 250, y Orígenes fue severamente torturado. Murió por los efectos de la tortura unos años después. Aunque la mayoría de sus escritos han desaparecido, la producción literaria de Orígenes fue enorme. Su teología fue la expresión de la reflexión alejandrina sobre la Trinidad y, antes de san Agustín, fue el teólogo más influyente de la Iglesia. Algunas de las ideas de Orígenes, tales como sus pensamientos sobre la reencarnación, permanecieron en controversia durante mucho tiempo después de su muerte, y el origenismo fue condenado en el Quinto Concilio Ecuménico de 553 en Constantinopla.



Orígenes

También descubrí que se había castrado a sí mismo, lo cual siempre me pareció interesante. A veces sentía cierta conexión con ese período de la iglesia primitiva, y me preguntaba si eso podría estar relacionado con mi ansiedad al hablar en público. Puede que sea una tontería, pero eso se me ha ocurrido en varias ocasiones. Sí que hablé sobre el Curso en un momento en que hacerlo me parecía muy amenazador. Todas estas cosas tienen múltiples dimensiones y nada está claramente definido. Solo dejé de hablar en público sobre el Curso cuando me pareció apropiado. Hablaba de él cuando sentía que era necesario; luego me iba. Quizás gran parte de mi vida ha sido así. Hago lo que me parece necesario en su momento, y luego me aparto.

Es interesante lo que el Curso dice sobre la reencarnación: que pueden encontrar la salvación tanto los que creen en ella como los que no. La reencarnación, por lo tanto, no es un concepto esencial, pues, como dice el Curso, todo lo que necesitamos reconocer —cualquiera que sea nuestra creencia— «es que el nacimiento no fue el comienzo y la muerte no es el final» (M-25.5.7). Sin embargo, el Curso también dice que nuestra experiencia de vivir en este mundo es un sueño. Las reencarnaciones, por lo tanto, podrían compararse con un sueño en serie. Por ejemplo, si estamos soñando nuestra realidad en el presente, en este cuerpo y en este universo tal como la percibimos, ¿por qué no podríamos haber tenido sueños previos? Parece que tenemos una especie de sueño-drama en serie. Me parecía que algo así podría ser cierto, pero no podíamos entenderlo desde nuestra perspectiva. La brecha que nos impide entender está en la trampa perceptual, por así decirlo. Solo podríamos comprender el panorama general desde la cima de la montaña.

En mi investigación de la literatura relacionada, también hice un esfuerzo por ver a Eileen Garrett en 1968, quien según Hugh Lynn Cayce en ese momento era la médium viva más capaz del mundo. Sentí que era muy importante verla, pero no tenía ni idea de cómo hacerlo. Era bastante mayor y se había retirado de cualquier actividad en el mundo. Nunca iba a reuniones y veía a

muy pocas personas. Pero en el fondo de mi mente sabía que debía encontrarme con ella.

Hugh Lynn Cayce consideraba que Eileen Garrett era la persona más cercana a su padre en términos de talento, lo cual era un gran elogio de su parte. Sabía que todavía era presidenta de la Fundación Parapsicológica en la calle 57 oeste de la ciudad de Nueva York, pero yo nunca había estado allí. También había oído que estaba enferma la mayor parte del tiempo, que era imposible encontrarla y que pasaba mucho tiempo en el sur de Francia. Me pareció preferible no llamar a su oficina. Pero había algo en lo profundo de mi mente instándome a conocerla. Un día recibí un anuncio de la American Society for Psychical Research (ASPR) de Nueva York sobre una reunión que se iba a celebrar en el edificio de ingeniería de las Naciones Unidas con un físico teórico y profesor —era de Harvard o Princeton— cuyos padres y abuelos habían sido médiums. Este profesor también conocía bastante bien la parapsicología e iba a dar una conferencia sobre mediumnidad. Cuando vi el anuncio pensé: «Tengo que ir», aunque nunca había asistido a las reuniones de la ASPR. Parecía extraño que quisiera hacerlo. Sentí firmemente que debía ir a esa reunión y le pregunté a mi amigo Chip si quería ir conmigo porque pensaba que era una ocasión importante.

Cuando llegué a la reunión, me di cuenta de que había algo diferente en el ambiente. Se me acercaron varias personas y me hablaron como si pensarán que yo sabía algo acerca de los médiums o que tenía habilidades psíquicas. La gente parecía estar leyendo mi aura y estaban sucediendo un montón de cosas extrañas a las que no estaba acostumbrado. Me senté en la parte de atrás del pasillo y durante la presentación de la oradora, una mujer que estaba en la primera fila hizo preguntas. Aunque nunca la había visto, pensé: «Esa debe ser Eileen Garrett». Simplemente estaba seguro de quién era. Su voz tenía un ligero acento inglés. Al final de la reunión, hice algo que no era propio de mí. Me acerqué a ella, le tendí la mano para presentarme y le dije:

—Señora Garrett, soy el profesor Thetford, de Columbia, y creo que es muy importante que hable con usted.

Ella tenía artritis y fue obvio que movió la cabeza y el cuello con un dolor considerable. Se giró y me miró con total atención, me tomó la mano un momento y me dijo:

—Sí, tiene que venir. Llame y pida una cita.

No podía creer que hubiera sido tan sencillo.

Llamé y pasé a través de varias secretarias. Parecían bastante sorprendidas y decían:

—La señora Garrett no ve a nadie excepto a viejos amigos.

Yo les decía:

—Ella me ha dicho que concierte una cita.

Y me dijeron:

—Bueno, tendremos que devolverle la llamada.

Era febrero y hacia un tiempo horrible, lo que suponía un problema para llegar allí. Otro de los problemas era conseguir que Helen me acompañara. Estaba aterrorizada por la idea y dijo:

—No quiero ver a ningún médium.

Le comenté que Eileen era famosa por su mediumnidad, y que la doctora Ira Progoff había escrito un libro sobre ella, *La imagen de un oráculo*. Todo resultaba muy amenazador para Helen, que estaba muy asustada por la idea de perder el control y padecer estados disociados de conciencia. Realmente no quería ir a esa reunión y no podía entender por qué yo la estaba presionando tanto. Dije:

—En realidad esta es una gran oportunidad. Ella es la médium viviente más grande desde Edgar Cayce y tal vez pueda ayudarnos. Al menos deberíamos hablar con ella. Me las arreglé para ar-

rastrar a Helen hasta allí, a pesar del mal tiempo.

Cuando vimos a Eileen, no podría haber sido más amable. Era encantadora y muy serena. Parecía que tenía tiempo ilimitado, y era obvio que no tenía un horario concreto. No hubo interrupciones telefónicas y habían organizado el encuentro de modo que las actividades de la oficina no nos interrumpieran. Ella intentó calmar a Helen. No hacía falta ser médium para ver lo alterada que estaba. Eileen no paraba de darle palmaditas y decirle:

—Eres como una florecita frágil.

Eileen fue muy buena con Helen y eso la ayudó a relajarse. Dije que teníamos un manuscrito y que habíamos tenido algunas experiencias inusuales. Afirmó que no le hacía falta conocer ningún detalle, así que no mencionó nada específico. Pero comentó que estaba dispuesta a publicar lo que nosotros habíamos escrito solo por su procedencia. No había ninguna duda sobre la autenticidad de este material. Temía hacer preguntas porque Helen estaba muy agitada. Siempre he lamentado no haber hecho las preguntas que tenía, pero en ese momento me di cuenta de que no podía hacerlas. Había nacido en Irlanda y pasó mucho tiempo contándonos sobre su propia formación y cómo había sido entrenada en mediumnidad en el Colegio Británico de Estudios Psíquicos, en Inglaterra. Para ella había sido difícil desconectarse de tanto ruido interno. Mientras vivía en Inglaterra, durante la Primera Guerra Mundial, estaba tan sintonizada que se daba cuenta de lo que estaba pasando en Francia, y le resultaba muy molesto e inquietante. Más tarde aprendió a enfocar sus habilidades psíquicas para poder activar y desactivar la conexión, y eso le resultó muy útil y tranquilizador.

Esto fue de gran ayuda para Helen más adelante, y también habló con orgullo de haber conocido a Eileen Garrett y de lo buena persona que era. Quizás lo principal que Eileen nos dijo fue que si íbamos en la dirección del Curso —si lo seguíamos en nuestra vida personal—, ambos seríamos gloriosamente felices; pero que, si luchábamos contra él, enfermaríamos. Lo repitió. Era obvio que vio algo sobre el carácter del Curso incluso en 1968. No creo que su advertencia me haya ayudado mucho, pero me impresionó bastante. Me tranquilizó que la mujer considerada la mejor psíquica viva sintiera que tenía que trabajar con el material y que venía de una fuente tan elevada. Enfatizó que yo debía cuidar de Helen, pero no dijo nada muy específico. También me habló de su propio sentido de futilidad y depresión, lo que me sorprendió. Había escrito varios libros y parecía que había ayudado mucho a otras personas, pero sentía que la única contribución que había hecho en su vida era su colección de libros. Tenía una biblioteca extraordinaria y tal vez esto era lo único que la sobreviviría. Me pareció muy curioso. Al parecer, a las personas con estos dones extraordinarios les resulta muy difícil alcanzar la paz mental.

Más adelante, cuando Helen ya había superado el shock inicial, volvimos a realizar una breve visita a Eileen. Helen quería que viera algo del manuscrito del Curso. La vimos justo cuando se iba a Francia. Murió al año siguiente, en 1970. Tenía la sensación de que no iba a estar mucho tiempo aquí. Fue una reunión en la que nos dio un tipo de apoyo que era difícil de encontrar. Yo no tenía ni idea de con quién se podía hablar de este tipo de cosas y, gracias a la tranquilidad que me había dado Eileen, pude sentirme cómodo yendo a la Sociedad de Investigación Psíquica en Inglaterra años después. Eileen Garrett y Hugh Lynn Cayce fueron dos personas muy importantes desde el principio de este proceso. Me dieron mucho apoyo.



Eileen Garrett

En otra ocasión Helen y yo fuimos a ver al famoso psíquico inglés Ronald Beasley, que hacía lecturas del aura. Le llamó la atención que Helen y yo tuviéramos auras similares. Hice arreglos para que lo viéramos en una de nuestras visitas a Londres. Nos alojamos en Kent, en la casa de Churchill; fue muy interesante. Hugh Lynn nos había recomendado a Beasley porque era sobresaliente, probablemente la mejor persona para lidiar con las auras. Había escrito varios libros, pero estaba bastante aislado y protegido por dos ancianas que no dejaban que nadie viniera a verlo sin que ellas lo aprobaran. Fuimos a su finca y fue una de esas experiencias inglesas tan difíciles de describir. La finca tenía un gran jardín y nos sirvieron el té de manera muy formal.



Ronald Beasley

Ronald Beasley era notable. Me miró y dijo:

—Hubo dos veces que quisiste volver y no quedarte aquí. No estabas seguro de esta vida. Una vez fue en la infancia y la otra cuando tenías siete años.

Ambas cosas eran ciertas. Casi muero en la infancia. La primera semana de mi vida desarrollé un absceso en el ojo y, según me cuentan, si se hubiera abierto por dentro habría sido fatal, pero se rompió por fuera. Cuando tenía siete años casi muero de nuevo. Incluso me dijo que tenía una afección cardíaca, solo por leer mi aura o lo que fuera que estuviera haciendo. Dijo otras cosas impactantes, así que me impresionó mucho. También me preguntó:

—¿Cómo elegiste a tus padres? Oh, bueno, no hay razón para este tipo de elecciones.

Parecía que podía ver toda la historia de tu vida, tus padres y todo eso. Repitió que Helen y yo teníamos auras muy parecidas y que era muy inusual ver algo así. Y nos dijo que estábamos perdiendo el tiempo.

—No deberías estar en la vida universitaria, sino dedicándote a la sanación.

Beasley practicaba la sanación con una terapia del color. Proyectaba colores desde su mente hacia gente de cualquier lugar donde estuviera la persona. Incluso nos hizo una demostración mientras estábamos allí. Me pidió que escogiera a algún conocido mío en Nueva York y «se lo enviara». Lo hice con el nombre y la dirección de Chuck Williams, que tenía algunos problemas y estaba muy deprimido. Él nos describió a Chuck con bastante precisión y luego dijo:

—Tiene algunos problemas de salud. Le preocupa tener una enfermedad coronaria, pero no hay razón para ello.

Dijo que Chuck tenía una especie de indigestión que solucionaría dejando de tomar agua durante las comidas y tomándola solo después. También dijo algo sobre un dolor que Chuck tenía en la pierna izquierda, resultado de un accidente cuando era muy pequeño: tuvieron que frenar con brusquedad en un puente y fue lanzado fuera de su asiento. Ese era el origen de la molestia. Dio muchos detalles específicos así. Yo no sabía nada de esto, pero cuando volví a Nueva York y le pregunté a Chuck, todo era exacto. Chuck dejó de beber agua durante las comidas y su indigestión desapareció. Había muchos detalles fascinantes. Ronald Beasley murió en un accidente de coche. Estaba muy bien considerado, y también creía en la reencarnación. No lo sé, pero por lo visto la explicación más sucinta para muchos eventos en mi vida es que son una continuación de algo más.

El Curso se comparte abiertamente

En otoño de 1970 conocí al padre Benedict, un monje benedictino que era uno de mis estudi-

antes en Columbia. Había venido a hacer prácticas en lugar de ir a la facultad de pedagogía para conseguir experiencia para su doctorado. Hice un acuerdo especial con él. Un día, en uno de mis seminarios como profesor asociado, hice referencia a san Juan de la Cruz. Esto sorprendió al padre Ben y subió a mi oficina para hablar conmigo. Abrió los ojos de par en par cuando saqué del cajón de mi escritorio un libro de los escritos de san Juan, atónito de que lo tuviera en ese bastión del ateísmo. Su profesor de Psicología era conocedor del misticismo, y eso le sorprendió mucho. Más adelante le hablé de *Un curso de milagros*. Era una cosa inusual en aquellos días. Pero para entonces ya conocía bastante bien al padre Ben. Había estado conmigo a tiempo parcial durante un par de años. Hablamos de muchas cosas que estaban sucediendo en nuestro campo y que tenían que ver con el misticismo. Una de las cosas que mencionamos fue la tesis doctoral de Kenneth Wapnick.

En 1972, Ken era estudiante de la Universidad Adelphi en Garden City, Nueva York. Yo había leído el libro *Estados superiores de conciencia*, editado por John White. En él había un capítulo escrito por Ken sobre el misticismo y la esquizofrenia. El libro contenía un pequeño párrafo sobre los autores. Aparentemente, Ken estaba trabajando en el hospital estatal. Cuando mencioné esto, Ben resonó con ello y dijo:

—Bueno, he oído hablar de un psicólogo judío en alguna parte, creo que es allí, que se ha convertido al catolicismo. Me pregunto si es la misma persona.

Él lo comprobó y, por supuesto, era Ken. Otra cosa sorprendente era que la exesposa de Ken, Ruth, había trabajado para Helen y para mí en un proyecto especial poco tiempo antes en ese mismo año. Así que había conocido a la exesposa de Ken antes de conocerle a él. Ben encontró a Ken como resultado de nuestra conversación sobre esto, y pensó que estaría bien que nos conociéramos. En ese momento, Ken planeaba marcharse a Oriente Medio en un mes.

Por ese entonces yo estaba muy involucrado en aprender más acerca de la sanación. Sentía que la enseñanza y la sanación eran las claves. Como disponíamos de *Un curso de milagros*, que tenía que ver con la enseñanza del misticismo, me parecía muy importante aprender acerca de la sanación. Había visto a Kathryn Kuhlman en un programa de televisión del sábado por la mañana para ver qué contaba. Parecía un poco histérica, pero sincera. No tenía ni idea de lo que sería ir a una de sus actuaciones, pero tenía muchas ganas de ver una. Así que hice los preparativos para que Helen y yo fuéramos. Nos las arreglamos para conseguir entradas a través de la agencia patrocinadora, un grupo evangélico llamado Full Gospel Businessman's Fellowship. Tuvimos que pasar por el complicado proceso de contratar un paquete que incluía otras cosas. Por una serie de circunstancias obtuvimos entradas en primera fila, lo que fue interesante, y fue muy impresionante ver desde tan cerca lo que sucedía.

El ambiente estaba muy cargado de emoción. Al principio, Kathryn Kuhlman salió al escenario y pasó por un periodo de calentamiento. Era muy coqueta y, a mi parecer, de una manera muy poco apropiada, en especial para su edad. Llevaba un vestido blanco y hacía pequeños chistes, calentando poco a poco al público. Esto duró un tiempo y paulatinamente comenzó a suceder algo. Se puso más seria y empezó a hablar del poder del espíritu. Yo me percaté del momento en que las cosas hicieron un clic, cambiaron. Se convirtió en algo muy diferente; otra conciencia se había apoderado de ella, y es de suponer que eso era lo que estaba esperando. Se necesita un enorme valor para presentarse ante miles de personas y esperar a que suceda eso. Cuando ocurrió, hubo un sentimiento de autenticidad. Ya no era una mujer tonta, un tanto histérica, sino que de algún modo se manifestaba un poder y un espíritu. Cuando comenzó a proclamar sanaciones en varias zonas de la audiencia, la gente bajaba y se ponía en fila. Ella, con solo tocarlos, les hacía

desplomarse. Era increíble. Esto continuó durante horas; el tiempo no parecía importar.

Nada de esto parecía artificial; todo era bastante sorprendente. Puede que hubiera algo de sugestión, pero no creo que todo. Es fácil descartar este tipo de cosas, pero a Helen también le conmovió e incluso dejó caer toda su indiferencia defensiva, y yo me emocioné mucho. Sentimos el tremendo poder espiritual que de alguna manera se había generado. Supongo que Kathryn actuaba como una batería eléctrica. Ella era el punto focal de esta energía. Fue muy, muy impresionante. Duró todo el día y al salir me sentía estimulado y agotado. Esa noche conocimos a Ken.



Kathryn Kuhlman

Ken se fue inmediatamente después a Oriente Medio para meditar, y comenzó a enviarnos postales en las que nos contaba que se sentía guiado a volver a Nueva York, que era lo último que quería hacer. Estaba en un retiro monacal en lo alto de una montaña en la Baja Galilea, donde meditaba con dos sacerdotes católicos que celebraban la misa en hebreo, una combinación bastante exótica.

No quería irse, pero sintió que estaba siendo guiado para que regresara con el fin de reunirse con nosotros y ver el libro del que le habíamos hablado. Ken se presentó en abril de 1973. Helen y yo estábamos trabajando con mucha urgencia en un capítulo para el libro *Comprehensive Textbook of Psychiatry*.

Teníamos una fecha límite y debíamos entregar mucho material. La única manera de acabar era ocuparnos de un teórico de la personalidad a la semana. Yo me encargaba de recopilar las referencias y Helen escribía el material. Era un trabajo inmenso y había que hacerlo bien.

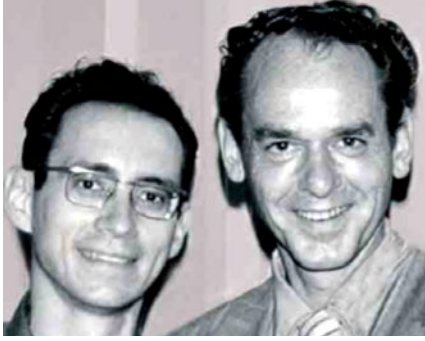


Kathryn realizando una sanación

Ken apareció en medio de todo esto. Helen y yo estábamos nerviosos, en parte porque tratábamos de terminar nuestro trabajo. Yo también tenía muchas otras cosas que hacer. Nos mostrábamos muy hirientes el uno con el otro y a Ken le horrorizó nuestra relación. Por una parte teníamos este libro sagrado —un maravilloso material espiritual—, pero no sabíamos cómo relacionarnos entre nosotros porque discutíamos y nos llevábamos muy mal.

Era obvio que no estábamos siendo amorosos y santos. Ken decidió que iba a demostrarnos cómo podían sanar las relaciones. Iba a mostrarnos el amor perfecto y ese tipo de cosas. Él tomaría su relación con Helen para demostrarme el poder del amor —o santidad— en acción. Aparentemente iba a aprender observando. Yo, sin embargo, pensaba que Ken tenía mucho que aprender.

Helen era muy receptiva a toda esta atención y devoción. Era asombroso; ella tenía ahora la palabra de Jesús y la dedicación del «hombre sagrado», porque Ken creía que Helen era como la Madre de Dios, la Virgen María. Y Helen, por su parte, creía que Ken era uno de los mayores santos de todos los tiempos, y decía cosas como: «No se me ocurre nadie en la historia más beatífico que Ken». Así que yo, cuando iba a verlos, me sentaba a comer con la Virgen María y el mayor santo del mundo. Por supuesto, yo era el mayor pecador del mundo, el terrible culpable. No estoy seguro de por qué. Eso era algo más oscuro. Pero alguien tenía que ser el culpable, así que era yo, tal vez porque no amaba lo suficiente a Helen ni me impresionaba que fuera la Madre



Ken y Bill

de Dios. Este tipo de cosas duraron bastante tiempo, y me sentía a la vez aliviado y molesto por todo ello. Sin embargo, Ken ciertamente pasó por varios años de aprendizaje activo, lo cual fue en verdad útil.

En cierto modo, sentía alivio y gratitud de que Ken me quitara algo de presión, pero también me resultó difícil en muchos aspectos. Tuve que encontrarle un lugar en el centro médico —un trabajo— para poder explicar lo que estaba haciendo allí. Tuvimos que fingir un poco. Era extraño que de repente alguien apareciera y pasara tanto tiempo con Helen. ¿Qué podía hacer? Me las arreglé para que pudiera estar en

el departamento a tiempo parcial.

Al principio Ken resultó difícil de conocer. Siempre era amable, e iba a trabajar con Helen, no conmigo. Era un triángulo difícil cuando estábamos los tres. Después de un poco de exposición a todo esto, le dije que no podía soportarlo y que en mi opinión se estaba desplegando mucha grandiosidad espiritual. No pensaba que ese fuera el espíritu del Curso y estaba harto de ello.

Ken regresó a Israel en junio, pero no antes de que Helen le prometiera que ella iría a Israel en agosto y lo traería de vuelta. Louis, el esposo de Helen, siempre había querido ir a Israel. Helen se negó rotundamente, diciendo que ella no iría. A mí me incluyeron en este paquete, en parte porque Helen sabía que la llevaría allí. La presioné para que cumpliera su palabra, y fuimos.

Llegamos a Israel en agosto de 1973. Allí nos encontramos con Ken, que nos acompañó todo el tiempo. Fue un guía maravilloso y de gran ayuda. Tuvimos muchas aventuras que habrían sido imposibles sin él. Visitamos su retiro monacal en la cima de la montaña en la Baja Galilea. Yo había estado en Egipto en 1953, cuando trabajaba para el gobierno, y sentí que tal vez Helen y yo habíamos viajado a Egipto en una vida anterior. También fui a Israel durante mi viaje de 1953, así que había regresado exactamente veinte años después, en 1973, año en que Israel cumplía veinticinco años de su fundación como país.

Hay algo en ese viaje que es difícil de describir. De alguna manera parecía mágico. Fuimos al lugar donde se descubrieron los Rollos del Mar Muerto. Helen no quería ir, pero yo la obligué. Me mostré bastante agresivo, pero sentía que tenía que hacerlo. Salimos temprano por la mañana y nos detuvimos en una zona muy desolada donde hacía muchísimo calor. Allí no había nada, excepto algunas ruinas y excavaciones. De repente, algo sucedió. En este lugar tan poco prometedor, Helen pasó por algo muy dramático; de alguna manera, retrocedió en el tiempo. Se quejaba amargamente del calor y de todo; luego sintió un escalofrío. Fue muy conmovedor. Ella parecía reconocer el lugar como si hubiera estado allí antes. Tal vez había sido parte de una comunidad esenia. Su experiencia fue muy convincente. Sabía que el nivel del agua había cambiado y también notó cambios geográficos que no podía haber conocido de manera normal. Era como si hubiera vuelto a una vida anterior. Si eso es verdad o no, no lo sé. Pero fue una vivencia intensa, emotiva y parecía muy auténtica.



Helen

Muchas cosas en el Curso parecen sugerir la reencarnación, aunque solo se comenta en el *Manu-*

al para el maestro, donde dice que no tiene importancia. Como he mencionado con anterioridad, el Curso no toma una posición definitiva sobre la reencarnación, pero hay algunas cosas en el *Libro de ejercicios* y el *Texto* que parecen implicarla. Por ejemplo, en la lección 98 del *Libro de ejercicios* está este pasaje: «Y los que aún no han nacido, oirán la llamada que nosotros hemos oído y la contestarán cuando hayan venido a elegir de nuevo» (L-98.4:3). «Elegir de nuevo» ciertamente sugiere que habían estado aquí antes.

Otro ejemplo, esta vez del *Texto*, afirma que: «El más santo de todos los lugares de la tierra es aquel donde un viejo odio se ha convertido en un amor presente» (T-26.IX.6:1). Aquí «viejo» no se refiere solo a esta vida. Sentí, mientras escribíamos eso, que había una referencia clara a vidas anteriores, y Helen había recordado varias. Mi sentimiento personal es que no tiene que ver con nada, excepto con un sentimiento de que, mientras yo crea que estoy viviendo en este mundo fenoménico, podría haber existido antes, como en serie por capítulos. La reencarnación está todavía dentro del mismo marco espaciotemporal del mundo ilusorio. En este nivel parece cierto, aunque, desde la realidad de nuestro Ser superior, todo es solo un sueño o una ilusión. Sin embargo, de alguna manera pensamos que abandonamos la casa del Padre, razón por la cual experimentamos esta vida tal como la conocemos. Este es un concepto muy difícil con el que nunca me sentí cómodo. No estuvimos mucho tiempo en ese desierto. Hacía demasiado calor. Pero las reverberaciones de esa experiencia fueron intensas. Me pareció importante que hubiéramos ido, aunque no podía entender por qué.

Cuando estuve allí veinte años antes, sentí que había algo importante en el hecho de pasar todo el verano en Oriente Medio. También había visitado Siria y Bagdad y, de manera extraña, me sentí identificado en particular con Egipto y Grecia. Estar en Tierra Santa fue muy impactante. En ese momento, por supuesto, no me interesaba en absoluto la religión y no sabía nada de la reencarnación. Ciertamente la habría descartado. Mirando atrás, era casi una preparación para lo que ocurrió después. Sentía que me estaba preparando para algo, pero no sabría explicarlo. Tuve la misma sensación en Egipto, Atenas y Florencia durante el verano de aquella visita anterior. Tal vez eso fue algún tipo de despertar, no por los libros, sino por haber estado allí. Era consciente de sentir eso, pero no sabía qué hacer con esos sentimientos, porque no encajaban en ninguna de mis creencias. Al volver en 1973 sentí que estaba llegando a algún tipo de conclusión.

También estaba siendo un período muy difícil para mí. En aquella época había terminado una relación de larga duración, y vivir solo era incómodo. Entonces me mudé a otro apartamento, tras dieciocho años en un mismo lugar, y me estaba preparando para salir del Centro Médico. Es posible que todo eso fuera una preparación. No podía explicar de qué se trataba, pero era importante. Helen también sentía que este viaje era muy importante y que nos llevaba a una especie de conclusión.

A veces hago cosas y no sé bien por qué hasta más adelante, cuando me digo: «Claro, por eso fue».

PARTE III

Volvimos de Israel en otoño de 1973, justo antes de la guerra de Yom Kippur. Ken y Helen continuaban con su «relación especial», que parecía estar en plena expansión. También empezaron a trabajar muy juntos en una revisión a fondo del Curso para organizarlo en capítulos con encabezamientos y subtítulos, y para verificar que la gramática y puntuación fueran consistentes. La primavera de 1974 fue sin duda un período de transición, y la encontré muy deprimida.

Mudarse era molesto, y también lo fue romper la relación. Recuerdo que creía estar solo, y sentía que Helen y Ken tenían ahora su propia historia especial. Me sentía aislado. Era indiscutible que tenía que seguir adelante. No había nada gratificante en ninguna parte. Solo quería atravesar esta situación y encontrar a las personas que pudieran hacerse cargo. El Curso estaba completo, con la excepción del glosario que se encuentra al final del *Manual para el maestro*. La mayor parte se había terminado en 1971. También estuvimos trabajando en el suplemento sobre la psicoterapia. Sin embargo, como si fuera el momento adecuado, y por lo visto en respuesta a mi necesidad de encontrar gente que se hiciera cargo de las cosas, Judy Skutch entró en escena en mayo de 1975, en medio de ese confuso período de cambio.

Poco después de mudarme en 1973, recibí una llamada de Cal Hatcher, con quien había compartido el material desde el principio. Dijo que un amigo suyo que estaba en el Greater New York Laboratory System había llamado y quería alquilar las instalaciones de Columbia para una reunión de todo un día sobre la fotografía Kirlian —una técnica electrofotográfica que al parecer captaba auras—, y necesitaba a alguien que se encargara. Como yo era profesor y presumiblemente estaba en posición de hacer algo así, ¿hablaría con él? Hablé con él, pero incluir ese tipo de fotografía era ir demasiado lejos para la Escuela de Medicina de Columbia College, y las instalaciones no estaban disponibles. Le dije eso y le comenté:

—Se me ocurre que quizás sería mejor que probaras en la Academia de Medicina de Nueva York, que está en la Quinta Avenida y queda en un lugar mucho más accesible que Washington Heights. Conozco al director, el doctor McCormick. ¿Por qué no le llamas y lo averiguas? Consideré que ya me había hecho cargo del asunto, así que no pensé más en ello.

Varias semanas más tarde recibí un anuncio de que el Primer Congreso Internacional sobre fotografía Kirlian iba a celebrarse en la Academia de Medicina de Nueva York. Y pensé: «¡Qué interesante!». También tuve la extraña sensación de que debía asistir, aunque en realidad no quería. Así que hice una meditación con Helen y Ken para preguntar si debíamos ir. Sintieron mucha claridad y ambos dijeron:

—Oh, no, no debemos ir, pero tú sí.

—Está bien —respondí.

Y ese sábado por la mañana fui, bastante resentido. Era un hermoso día de mayo y pensé que no era momento para asistir a una reunión horrible, pero fui. En el camino, seguía pensando: «¿Por qué voy? Al menos, ¿cómo puedo racionalizarlo?». Pensé: «Bueno, voy a ver a ese científico, Douglas Dean». Sabía que había hecho muchos trabajos de curación paranormal, y eso me interesaba. Me pareció que sería una persona agradable con la que hablar.



Judy Skutch

Cuando llegué, me encontré con el hombre con el que había hablado por teléfono, y me agradeció por haberle sugerido el lugar. Me preguntó qué podía hacer por mí, y le dije que quería conocer a Douglas Dean. Nos presentó de inmediato y empezamos a hablar. Le dije a Douglas que yo era profesor en Columbia, lo que era como un «ábrete, sésamo» para la gente interesada en los fenómenos paranormales. Siempre estaban buscando una conexión legítima con una universidad. Estaba muy interesado en que volviéramos a vernos para continuar con nuestra conversación. Le dije:

—Bien, ¿por qué no almorzamos?

Fijamos una fecha, pero él llamó más tarde y la cambió, diciendo que quería ir con su amiga Judy Skutch.

No era la primera vez que oía su nombre. Había visto a Judy en una reunión de todo un día sobre parapsicología, aproximadamente un año antes en el ayuntamiento, donde ella era la presidenta del programa sobre fotografía Kirlian, y pensé: «Debería conocerla algún día, pero no hoy». Más tarde supe que Jerry Jampolsky, un psiquiatra de California, también estaba allí, pero en ese entonces no sabía nada de Jerry. Todavía tenía algunas nociones extrañas sobre la gente que hacía cosas como la fotografía Kirlian, interesante tal vez, pero un poco sospechoso. No estaba del todo convencido de querer acercarme demasiado a este tipo de cosas. Por otro lado, quería tener la mente abierta.

Cuando le pregunté a Helen qué pensaba de la fotografía Kirlian, regresó al día siguiente y dijo: —No, no es la luz, es el sonido.

A partir de la información que recibió, Helen y yo escribimos un documento bastante peculiar llamado «Notas sobre el sonido». Empezó por ponerlo en lenguaje visual, como ver un tren que pasaba por la vía, o algo así. Hablaba de un intercambio de iones, cargas eléctricas, etcétera. Ella no conocía los términos, pero estaba describiendo fenómenos que me sonaban vagamente familiares en física. Busqué acerca de los ultrasonidos después de transcribir esto, y, sin duda, estaba describiendo fenómenos de ultrasonidos. Helen no sabía nada sobre estos temas. Y la información no venía en un lenguaje coherente. Era como si estuviera recibiendo algunas impresiones e intentando traducirlas. «Notas sobre el sonido» fue una cosa muy curiosa que ocupó un considerable número de páginas.

Cuando Helen hablaba de la fotografía Kirlian, le dije que pensaba que la espiritualidad tenía dos aspectos principales en el mundo, la enseñanza y la sanación. El Curso es enseñanza, no cabe duda, pero ¿cómo se cura uno en realidad? El Curso habla sobre la sanación, pero en un centro médico nadie iba a creer que alguien hubiera sido ayudado espiritualmente a menos que existiera una manera muy específica de medir los parámetros de la sanación. Era la única forma de que eso llegara a ser aceptado. Nosotros estábamos en un centro médico grande y prestigioso y teníamos acceso a muchas cosas. Tal vez hubiera alguna manera de introducir esto si tuviéramos un instrumento de investigación objetivo que midiera la efectividad de la sanación, sea cual fuere. Esto, tal vez, era de lo que trataba «Notas sobre el sonido»; algo del todo distinto al Curso o a cualquier otra cosa. Contiene una serie de símbolos diagramáticos y abreviados para construir una máquina que mide los efectos de la sanación. Las instrucciones estaban incompletas, pero varios físicos y científicos vieron el documento y quedaron intrigados con él, porque gran parte de la información era precisa. Todos sentían que había algo muy real allí que sin duda Helen no entendía, pero que ellos conocían. Incluso había alguna referencia en el documento a algo que aún no se había descubierto. No estaba completo, así que faltaban algunos elementos.

Lo dejé en pausa hace mucho tiempo y decidí que no había nada que hacer con él. Curiosamente, era lo único de este tipo que hizo Helen, aparte del Curso, y ella no lo entendía. Y aunque se sentía muy nerviosa, yo me di cuenta de que era una respuesta a mi petición. Parecía extraño que hubiera llegado de esta manera inusual, y renuncié a ello por completo. Estaba claro que Helen no tenía ningún interés en ninguna de estas cosas, pero respondió de manera inesperada a mi petición. Este era un aspecto de nuestra relación que nunca entendí. Era obvio que yo tenía que hacer preguntas. De alguna manera, eso le permitía volverse hacia dentro y dejar que la respuesta llegara.

En realidad, como resultado de haber ido a escuchar a Kathryn Kuhlman, me interesé en la idea de la sanación. Y entonces Helen sacó el material del sonido. Estos y otros mensajes hablaban de la sanación, tema que no pasó desapercibido ni desatendido.

De hecho, en esa época, Cal Hatcher me presentó a un joven llamado Ralph, que tenía treinta y tantos años y estaba tan lisiado con la artritis que apenas podía caminar. Acababa de regresar de la Clínica Mayo, donde le habían dicho que no había nada que se pudiera hacer por él. Así que Ralph tendría que resignarse a no ser funcional. No le quedaba más remedio que ir a vivir con sus padres ancianos a Florida. Pensé que sería un verdadero reto tratar de ser útil. Hablé con Ken y Helen sobre esto, y ninguno de los dos conocía a Ralph. Yo solo había estado con él una vez. Les dije: —¿Por qué no probamos de verdad el poder de la oración y la sanación?

Así que me concentré en verlo curado y sano. A diario, comencé a experimentar que estaba empezando a recuperar el uso de sus manos y piernas. En muy poco tiempo, después de dos o tres semanas, llamé a Cal. Ralph no sabía nada de que alguno de nosotros estuviera haciendo algo, pero se había mantenido en contacto con Cal y le informaba de su progreso y mejoría. Había empezado a montar en bicicleta y a nadar. Al final, Ralph sanó por completo. Todo esto ocurrió sin que él supiera que nosotros estábamos tratando de ayudar. Sin embargo, le informé de esto a Cal. Es interesante que uno puede pasar por estas cosas para demostrar algo, obtener los resultados deseados, después y pensar: «¿Y qué?». Nunca volví a ver a Ralph, no tenía ninguna razón para verlo.

Finalmente, cuando les dije a Helen y Ken que debíamos hablar a Judy y Douglas de *Un curso de milagros*, ella tuvo su habitual ataque de ansiedad. Yo le dije:

—Tú no tienes que hacerlo. Yo se lo diré.

Sabía que teníamos que hacerlo. Usaría *Notas sobre el sonido* como pretexto para hablar del Curso. Le dije a Helen:

—Douglas Dean sabe de sanación, y creo que deberíamos hablarle del sonido. Pero no podemos hablarle del sonido a menos que primero le hablemos del Curso, porque no tendrá ningún sentido. Yo quería hacer ambas cosas.

Douglas me dijo años más tarde que después de haber hecho los arreglos para almorzar juntos, había tenido un fuerte impulso interno de pedirle a Judy que viniera con él. Por lo general, tenía que intentar llamarla varias veces antes de poder comunicar con ella, pero esta vez lo hizo de inmediato. Al principio ella no quería venir, pero luego aceptó, siempre y cuando la fecha cambiara del miércoles al jueves. A Douglas le daba vergüenza cambiar de día, pero lo hizo, y él y Judy vinieron a almorzar con Helen y conmigo al comedor de la facultad de medicina. Ahí fue cuando conocimos a Judy: el 29 de mayo de 1975. Allí no podíamos hablar con libertad porque temíamos perder nuestros trabajos si alguien nos escuchaba hablar de *Un curso de milagros*, y el decano de la facultad estaba sentado en la mesa junto a nosotros. Después del almuerzo, fuimos a mi oficina y allí les mostramos el Curso. Le dimos una copia a Judy para que la llevara a casa y la leyera. Al parecer, esa noche, cuando comenzó a leer el Curso, no pudo dejarlo y leyó toda la noche. Estaba abrumada con el material. A Helen y a mí nos gustó Judy de inmediato, y todos nosotros —ella, Helen, Ken y yo— nos hicimos amigos con rapidez. La entrada



Judy y Helen

de Judy en escena fue fortuita y milagrosa. Tuvo un papel muy específico, aunque al principio no lo sabíamos.

Publicación y difusión

Varios años antes, para ayudar a financiar la investigación en parapsicología, Judy y su esposo, Bob Skutch, habían fundado una organización sin fines de lucro llamada Fundación para la Investigación Parasensorial. Dado que el propósito general de esa fundación era investigar el espíritu y la vida después de la muerte, y dado que parecía fácil utilizar sus estatutos, decidimos que Judy debía ser la responsable de difundir el Curso. Así que, en 1975, el año en que *Un curso de milagros* quedó registrado, Helen cedió los derechos de autor a la Fundación.



Ken, Bill, Helen y Judy

Cuando conocimos a Judy en mayo, ya estaba planeando ir a California en junio para asistir a una reunión de la junta directiva y visitar a Jerry Jampolsky. Ella también estaba inscrita en el programa de doctorado en Psicología Humanista de Stanley Krippner en San Francisco. Estaba ansiosa por que nosotros también fuéramos a California.

Cuando la fuimos a visitar en julio, Judy había alquilado un apartamento para cada uno de nosotros en un edificio de Broadway, en San Francisco. Mientras estuvimos allí, nos presentó a mucha gente. Muchos de ellos querían copias del Curso. La amiga y asesora doctoral de Judy, Eleanor Criswell, tenía una pequeña empresa llamada Free Person Press, a través de la cual publicaba tesis estudiantiles. Ella sugirió hacer el Curso más cómodo de llevar, produciendo una edición de bolsillo de cuatro volúmenes, en rústica, usando el proceso offset. Acordamos obtener el copyright bajo el nombre de Foundation for Parasensory Investigation y pedimos cien copias impresas.

Cuando volvimos a Nueva York, pronto quedó claro que cien copias no eran suficientes para el creciente interés. Fueron necesarias dos reimpressiones posteriores.

En ese momento, Helen y yo nos sentíamos incómodos con el nombre de «Investigación Parasensorial» y la connotación que conllevaba. Estaba claro que no era el nombre correcto. «Fundación Unida para la Paz Interior» (*United Foundation for Inner Peace*) fue uno de los nombres que se le ocurrieron a Helen. Así que el nombre se cambió a Fundación para la Paz Interior antes de la primera edición en tapa dura de *Un curso de milagros*.



Zelda Suplee



Eric Erickson

El 14 de febrero, día de San Valentín, de 1976, nos encontramos sentados en el apartamento de Judy en Nueva York tratando de planear lo que se debía hacer para publicar formalmente el Curso. Diversas personas habían expresado su interés en publicarlo, pero nada parecía cuadrar. Un día quedó claro que debíamos publicarlo nosotros mismos, pero nadie tenía dinero para eso. Sin embargo, habiendo asumido el compromiso de publicar el Curso de

la manera que fuera, recibimos una llamada telefónica no solicitada de Reed «Eric» Erickson, de México. Dijo que tendría el privilegio de pagar el coste total de la impresión.

Eric había oído hablar del Curso por boca de la amiga de Judy, Zelda Suplee. Zelda era la presidenta de la fundación de Eric —la Fundación Educativa Erickson— y su representante en la ciudad de Nueva York. Zelda le proporcionaba a Eric cosas que él podría encontrar interesantes y le había enviado una copia del Curso en cuatro pequeños volúmenes de bolsillo. Su fundación estaba interesada en la metafísica y en las cuestiones de los transexuales. Llamó desde México a las veinticuatro horas de habernos comprometido a publicar. Dijo que estaría encantado de pagar el costo total de la impresión. La primera edición encuadernada en tela de cinco mil ejemplares costó casi sesenta mil dólares y él la pagó. Así fue como se publicó el Curso.

Cuando los libros estuvieron listos en junio de 1976, Judy tenía un ejemplar especial encuadernado en cuero que había hecho para Eric y se lo dimos en el cumpleaños de Helen, el 14 de julio. Hicimos una fiesta en el Salón Tonga del Hotel Fairmont de San Francisco. Incluso hubo una exhibición de lluvia artificial en el interior. Nos enteramos de que Eric vivía en una mansión en Matzalan con Henry, su mascota leopardo. A todo el mundo le gustaba Eric y se sentía agradecido hacia él. Nos pareció un milagro que el dinero se hubiera entregado tan generosamente en cuanto nos comprometimos. Sucedieron muchas cosas así.



James Bolen

James Bolen, un amigo de Judy, y por esta época también amigo nuestro, publicaba una revista popular de distribución nacional llamada *Psychic*. Trataba sobre los fenómenos psíquicos y la naturaleza filosófica de la vida y la humanidad. Jim se había convertido en un ardiente estudiante del Curso y quería hacer un artículo y entrevistarnos para su revista. No queríamos que nada del Curso apareciera en una revista llamada *Psychic*. Sin que nosotros lo supiéramos, Jim y su equipo ya habían estado buscando un nuevo nombre para la revista que nos dejaba libres de preocupaciones.



Judy y Bill

Un día de la primavera de 1976, justo antes de la publicación de la primera edición en tapa dura del Curso, Judy y yo estábamos de nuevo en San Francisco, visitando a Jim en la oficina de la revista. Hacia el final de la visita, comencé una conversación paralela David Hammond, el socio de Jim. Fue entonces cuando David mencionó que estaban buscando un nuevo nombre para *Psychic*, y yo, sin darle demasiada importancia, sugerí *New Realities* (*Nuevas realidades*). Más tarde, Jim me contó que, después de reflexionar más sobre la idea durante la noche, a la mañana siguiente le anunció al equipo de trabajo que a partir de ahora el nuevo nombre de la revista sería *New Realities*, ¡cortesía de Bill Thetford!

La edición inaugural de *New Realities* se publicó en abril de 1977. Contenía el primer análisis de *Un curso de milagros* en los medios y la respuesta que generó causó bastante revuelo. Ese fue el inicio de un intenso y amplio interés por el Curso. A raíz de ese artículo recibimos miles de cartas, consultas y pedidos de todos los Estados Unidos, Canadá e incluso del extranjero, y nos quedamos sin ejemplares. Tuvimos que reimprimir de inmediato. Me pareció asombroso.

Yo había solicitado un permiso sabático al menos seis meses antes de saber que los libros se iban



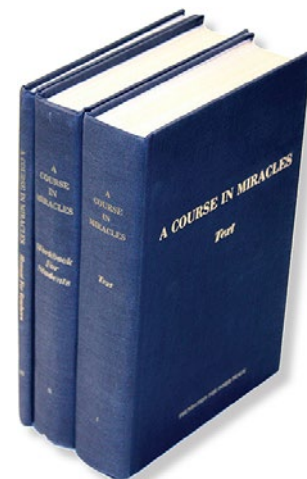
a publicar. Mi licencia comenzaba en julio de 1976, y el Curso se publicó en junio. Cuando comenzó mi año sabático el 1 de julio, justo después de la publicación, en gran medida estaba libre de mis compromisos universitarios. En realidad, nunca volví. De haberme quedado, habría sido extraño. Fue un período amenazante para la mayoría de las personas que estaban allí. Incluso muchos profesores titulares sintieron que debían irse, y así lo hicieron. Tenía miedo de enfrentar todo eso de lleno, pero para ese entonces, la situación ya se había aliviado. Pude retirarme de manera anticipada del hospital a partir de 1978. Como había comenzado en Columbia en febrero de 1958, para la primavera de 1978 ya reunía los requisitos para retirarme, una fascinante sincronía. Encontré muy difícil la idea de hacer un cambio tan radical. Tenía un puesto titular y dejarlo me hacía sentirme inseguro.

Había estado allí mucho tiempo y, ya en mis cincuenta y tantos, me costaba hacer cambios. No es fácil conseguir un puesto académico. Pensé que me estaba arriesgando mucho al abandonar la seguridad y el ingreso económico, y no esperaba que el Curso fuera una fuente de sustento financiero: jamás pensamos en eso en absoluto. Sin embargo, con el tiempo sí ocurrió, y pasó mucho tiempo hasta que pude sentirme cómodo con la idea de vivir de los fondos de la Fundación para la Paz Interior.

Mientras hacía los preparativos para mi año sabático, me di cuenta de que no iba a tener suficiente dinero para vivir durante ese año. Recuerdo haber pensado: «Bueno, tal vez lo que debería hacer es ganar algo de dinero en la bolsa de valores». Calculé que necesitaría unos diez mil dólares. Me arriesgué y compré algunas opciones de IBM. Yo no tenía el dinero en absoluto, y nadie en su sano juicio haría algo así; era algo en extremo arriesgado. Pero, justo después de comprarlas, ese mismo día, las acciones comenzaron a subir a ritmo vertiginoso. En 24 horas, había ganado los diez mil dólares que necesitaba. Si me hubiera quedado con las opciones un día o dos más, habría ganado aun más, pero las vendí en cuanto conseguí lo que necesitaba. Creo que fue una señal de tranquilidad. A pesar de que teníamos *Un curso de milagros*, era muy difícil lograr un cambio de actitud. Teníamos el Curso, pero vivíamos como si no creyéramos en él. Resultaba complicado soltar los viejos patrones. Yo no había crecido informado de las ideas del Curso, y los temores de Helen, por supuesto, eran enormes. Primero tenía que ocuparme de mis propios miedos y luego encargarme de los de ella. De algún modo, todo salió bien.

Me mudé a Tiburón, California, en junio de 1978. Aunque ya había estado allí antes, no estaba seguro de este movimiento. Cuando llegó el momento de mudarme, parecía que un lugar me estaba esperando. Un día, mientras daba un paseo cerca de la residencia de Jerry Jampolsky en Tiburón, donde me estaba alojando, me encontré con un conocido que vivía en el edificio de al lado. Le pregunté: —Neil, ¿sabes de algún apartamento en alquiler por aquí?

Me dijo que había uno en el edificio contiguo que no habían podido alquilar. Fui a verlo y era perfecto: estaba cerca de la casa de Jerry y a una distancia cómoda para ir a pie a cualquier lugar de la ciudad. Fue el único lugar que visité y, unos meses después, trasladé



La primera edición de *Un Curso de Milagros*

todas mis cosas desde Nueva York. Era evidente que había llegado el momento de mudarme.

Los cuatro años siguientes fueron interesantes. Judy y Bob Skutch también habían recibido guía para mudarse de la ciudad de Nueva York a California. Se establecieron en Tiburón, a pocas casas de distancia de Jerry y de mí. Vivíamos en fila y nos reuníamos cada mañana para leer y estudiar el Curso juntos. Judy y Jerry tenían una relación cercana pero turbulenta. Yo tenía mis propias tensiones. Judy había viajado mucho por todo el país hablando del Curso. De repente, se trasladó por un tiempo a Washington, D. C., y parecía que yo estaba allí para serle útil a Jerry.

Yo no tenía metas ni ambiciones. Creía haber dejado todo eso atrás. Más adelante decidimos hacer un libro de caricaturas algo simplón, que me parecía bastante tonto. Jerry tenía un contrato editorial con Celestial Arts, pero su manuscrito no estaba listo para ser publicado. Así que lo ayudé con eso. Años atrás, en uno de mis viajes a Londres con Helen, un médium había predicho que haría algo así. En 1970, otro médium me dijo además que en algún momento futuro viviría cerca del agua. Consulté a varios de ellos, e incluso uno me vio viviendo junto al agua y escribiendo libros infantiles. Otra me dijo: «Te veo recorriendo Sausalito. Pasas mucho tiempo allí». La médium no conocía California en absoluto, pero también mencionó el agua. Esto fue mucho antes de que tuviera la más mínima idea de que viviría cerca de Tiburón, ayudando a Jerry con su libro de caricaturas.



Bill y el Dr. Jerry Jampolsky

Reflexiones acerca de las relaciones

Seguía sintiendo que mi relación con Helen debía haber comenzado hace mucho tiempo. Parecía que la retomábamos donde la habíamos dejado en otro momento. Llevábamos disfraces diferentes, pero no era en absoluto el principio de la conexión. Aparte de Helen, he sentido lo mismo con otras personas; Chuck Lehman fue una de ellas. Conozco a Chuck desde hace 30 años. Requiere mucho tiempo mantenerse en contacto con alguien cada semana. Hay una cercanía entre nosotros que trasciende cualquier explicación racional. No tiene que ver con nada en particular, salvo el hecho de que somos muy cercanos.



Helen y su marido, Louis

En cuanto a Louis, el esposo de Helen, es una persona única, y llegué a conocerlo y respetarlo como amigo. También es un hombre sensible y perceptivo. Mientras Helen estaba presente, él tenía sentimientos encontrados respecto al Curso. Parece que ahora ha dejado todo eso atrás. Era muy devoto de Helen, y ella de él. Louis me dijo una vez que una de las experiencias más profundas de su vida, que le hizo creer en la realidad de algunas de «estas cosas del Curso», ocurrió hace varios años, cuando un día me llamó y me dijo:

—Me gustaría verte en privado.

Recuerdo muy bien aquella ocasión con Helen y su esposo, Louis, por lo que sucedió. En un momento se me ocurrió que Louis necesitaba al menos 1.000 dólares. Sin pensarlo demasiado, firmé

un cheque y lo dejé listo para que, cuando llegara, no se sintiera avergonzado de pedirlo. Cuando llegó a mi oficina, comenzó a contarme que tenía dificultades temporales con su negocio. Pero yo le dije: «Pensé que tal vez estabas pasando por algunos problemas, así que aquí lo tienes». Quedó muy desconcertado. No era posible que yo hubiera adivinado esto o siquiera la cantidad, dado que él no me había dicho nada. Después de eso, todo el tema de las mentes unidas, la percepción extrasensorial o el misticismo, de repente, se volvió una posibilidad real para él. Mi relación con Louis era fácil y compatible; no recuerdo que hayamos tenido ninguna dificultad entre nosotros.

Por otro lado, mi relación con Helen era muy complicada. Creo que, a partir de ese vínculo, aprendí que el amor persiste a pesar de todo lo que parece bloquearlo e interferir con él. Era consciente de que me sentía cercano a Helen en algún nivel que trascendía la racionalidad y las barreras de una relación. Parecía ir en contra de cualquier forma de lógica. Helen no me caía bien, pero había un amor profundo que continuaba a pesar de todo. No tenía que ver con nada en particular.

Parecía representar nuestra unión en amor y cooperación. Intentábamos hacer algo que trascendiera nuestros egos. Eso era lo que parecía real, lo único que en realidad persistía. Y una vez hecho eso, era imposible desvincularse. Era un compromiso que continuaba para siempre. Si el amor es eterno, una vez que tomas ese tipo de compromiso, ya está hecho. No tiene nada que ver con lo que solemos entender por compromisos. A veces, todo parecía tan confuso. Amor y odio, paciencia y desastre, todo estaba entremezclado.

Tuvimos muchas oportunidades para practicar el perdón en nuestra relación. Esto siempre me recuerda el pasaje sobre la Pascua, que es tan hermoso:

La Pascua no es la celebración del coste del pecado, sino la celebración de su final. Si al mirar entre los níveos pétalos de las azucenas que has recibido y ofrecido como tu regalo vislumbras tras el velo la faz de Cristo, estarás contemplando la faz de tu hermano y reconociéndola. Yo era un extraño y tú me acogiste, a pesar de que no sabías Quién era. Mas lo sabrás por razón de tu ofrenda de azucenas. En el perdón que le concedes a ese forastero, que aunque es un extraño para ti es tu Amigo ancestral, reside su liberación y tu redención junto con él. La temporada de Pascua es una temporada de júbilo, no de duelo. Contempla a tu Amigo resucitado y celebra su santidad junto conmigo. Pues la Pascua es la temporada de tu salvación, junto con la mía (T-20.I.4:1-8).

Este es, en efecto, el mensaje de la Pascua: la época para ofrecer el regalo de las azucenas en lugar del regalo de las espinas. Las azucenas simbolizan el perdón. Solía hacer esto; le enviaba azucenas a Helen. Era importante recordarnos mutuamente la práctica del perdón.

Después de mudarme a California, las llamadas diarias a Helen eran, por cierto, mi prueba. Nuestra relación seguía siendo un gran desafío. Trataba de no reaccionar a lo que dijera y, aunque tomó mucho tiempo, a la larga funcionó. Hacia el final de nuestras conversaciones telefónicas solía surgir algo auténtico. A menudo las charlas no tenían ningún sentido, pero lo importante era que estábamos extendiendo amor. A veces ella sonaba muy diferente, muy tierna, antes de que yo terminara la llamada. Eso era auténtico. No lo entendía, pero estaba allí y yo me percataba de ello. No quise verla el último año antes de que falleciera. Sentía que yo podía sostener mejor esta devoción a distancia y que era mejor para ambos mantenernos conectados de esta manera.

Después de que Helen falleciera en febrero de 1981, muchas personas me enviaron mensajes de

parte de ella. No sabía qué pensar de esas cosas, pero ahora sí sé que el ego —la persona— no puede ser eterno. Sin embargo, hay algo que subyace a todo esto y que es real detrás de todas las máscaras, los disfraces y las historias repetitivas. He tenido la oportunidad de experimentar cosas fuera del tiempo porque he dejado a un lado los límites temporales. Es como mirar al agua desde mi apartamento en Tiburón, ver pasar los barcos y experimentar una auténtica sensación de intemporalidad. Supongo, además, que a veces tenemos que llegar a la desesperación más profunda para poder abrirnos paso; al menos, ese fue mi caso. Tal vez esa sea la única forma en que puedo aprender. Sentí que tenía que luchar con todo, incluido el Curso. Para mí, era muy difícil estar en este camino sin la idea de lucha, que parecía tan predominante, pero logré relajarme un poco.

La atracción de la culpa y el miedo al amor han sido un *leitmotiv*, un tema recurrente y dominante a lo largo de mi vida, tal como lo es para muchas personas. Parece difícil renunciar a eso. Me impactó con mucha fuerza la primera vez que lo escuché y lo escribí a máquina: «La atracción de la culpabilidad hace que se le tenga miedo al amor» (T-19.IV-A.10:1). De repente, me di cuenta de que eso es exactamente la clave de todo. Si no nos sintiéramos atraídos por la culpa, no podríamos evitar el amor. Si seguimos atrapados en estos estados negativos, alejando lo único que todos en verdad deseamos —el amor—, es porque nos sentimos atraídos por la culpa. Sentí que esa frase expresaba todo el problema. Cuando la gente me preguntaba qué creía que el Curso intentaba decirnos, yo respondía que ahí es donde todos nos quedamos atascados. Si no me hubiera sentido tan atrapado en ese aspecto, no lo hubiera visto con tanta claridad. Ahora es del todo evidente. Y aunque inequívoco, no significaba que solo porque lo entendiera, yo ya me hubiera liberado de seguir eligiendo en contra del amor. Me parecía increíble poder verlo con tanta nitidez y, aun así, seguir enfrentando el mismo problema. Tuve que dejar todo el ambiente de Nueva York e irme a un entorno completamente distinto para comenzar a abandonar ciertas cosas. Me resultó muy difícil hacerlo. Estaba tan comprometido a conseguir que todo funcionara allí. Pero estoy encantado de estar en California; para mí, California es maravillosa.

Hace poco tiempo, mientras me preparaba para mudarme a otro apartamento, abrí una caja de recuerdos y comencé a revisarla. Encontré muestras de absolutamente todo: reimpressiones de antiguos documentos que se remontaban a más de treinta años atrás, un informe que había escrito cuando estudiaba los métodos chinos de lavado de cerebro. Había entrevistado a un hombre y a su familia en una remota zona rural de Canadá. El hombre había sido capturado por los chinos y sometido a un largo interrogatorio. Se suponía que debía averiguar cómo había sido esa experiencia. También encontré un certificado que el Departamento de Guerra me había otorgado por mi trabajo en la bomba atómica, así como diversas notas personales del Curso que Helen y yo habíamos extraído. Había, además, antiguas tarjetas de cumpleaños escritas por Helen y fotografías de mis padres. Era como un repaso de mi vida, al estilo del programa *This Is Your Life*, remontándose hasta mediados de la década de 1940, todo apretujado en una caja. Mi reacción me resultó muy extraña. Me sentí triste y, era obvio que me resistía a mirar. Tiré muchas cosas cuando preparé la mudanza.

Así que, mientras limpiaba la casa, repasé toda la locura que uno acumula. Me gustaría reducir mi guardarropa a solo dos camisas y un par de pantalones. Tengo demasiados libros. Parte de mi fantasía es que mis libros estén a disposición de quien quiera tomarlos prestados. Así que he estado observando fragmentos dispersos de mi vida y reconociendo que nada parece encajar, dependiendo en particular, de cómo lo miro. El otro día encontré mi doctorado, y de alguna manera, está relacionado con la bomba atómica, la CIA y todo lo demás.

Uno de los documentos que encontré contenía un material anotado por Helen que, desde luego, no formaba parte del Curso, sino que eran notas complementarias:

«Dile a Bill que tiene razón al brindarte la fuerza constante que tú necesitas recibir y que él necesita ofrecer. Tu inestabilidad y su debilidad han dado lugar a malas elecciones kármicas, y vuestra relación ahora es crucial para el futuro. Ambos debéis hacer todo el esfuerzo posible para restaurarla a lo que una vez fue. Los dos estáis corrigiendo donde habíais fallado antes. Esto ya os ha permitido desempeñar un papel muy inesperado en vuestra propia salvación conjunta, y en la de muchos otros hijos que os iré confiando cada vez más. Estos no están, de ningún modo, elegidos al azar. Bill debe saber que su preparación no consiste solo en compartir los resultados de vuestra mejor aplicación de ciertos talentos bastante inusuales. Su propio papel, que comprenderá una vez que su preparación esté completa, también le resultará sorprendente. Entonces necesitará tu ayuda, así como tú necesitas ahora su fortaleza».

No sé qué significa esto. Supongo que no es necesario que esté en el cuerpo del Curso. Aun así, no sé si parte de ello ha sucedido o no.

«Ten en cuenta que tú no necesitas su ayuda como escriba porque has desarrollado esta habilidad por tu propio esfuerzo, y al fin la has puesto a mi disposición. Al prestarte su fortaleza, él mismo se fortalece. Cuando él logre esto por su propio esfuerzo, necesitará tu ayuda de una manera muy inesperada, pero esto es solo otro ejemplo más de la naturaleza recíproca de los milagros. Los escribas tienen un papel particular en el plan de expiación porque ellos mismos tienen la capacidad de experimentar revelaciones, y también de poner en palabras una parte de la experiencia que sirva de base para los milagros. El papel de la sacerdotisa solía ser el de experimentar revelaciones y obrar milagros. El propósito era brindar un enfoque adecuado a aquellos que aún no estaban preparados para las revelaciones directas. La percepción elevada fue siempre el atributo esencial de la sacerdotisa».

Aquí, por primera vez, Helen dijo que se sentiría honrada si se tomaran notas.

«Tu antiguo y severo problema para tomar notas surgió de un mal uso, mucho tiempo atrás, de una gran labor como escriba. Estas actividades fueron empleadas para un beneficio secreto en lugar de compartido, privándolas de su potencial milagroso y desviándolas hacia la posesión. Esto es muy similar a la confusión de los impulsos sexuales con los impulsos de posesión. Parte del material original aún se encuentra en el templo. Por eso sentiste tanto miedo con respecto a la Atlántida. Bill tiene sus propias razones».

No estoy seguro de cuánto de esto fue el resultado de haber leído algún material de Cayce en ese tiempo. Al ver esto en el contexto de los años transcurridos, me pregunté: «¿Qué queda por hacer y qué papel me queda aún por cumplir?». Sentí cierta nostalgia y una sensación de dispersión con respecto a mi vida, aunque si lo miro desde otra perspectiva, todo cobra sentido. Ahora no me siento triste por ello, pero ayer sí. Limpiar la casa es bueno, pero tengo la sensación de que hay algo que no quiero ver o que falta algo.

Es evidente que este material no pertenecía al Curso, pero escribí a máquina todo lo que surgía. Hubo muchos de estos mensajes personales. Esta cosa «sorprendente por igual» que se suponía que debía hacer, tal vez la hice, pero no lo parece. Tal vez toda mi resistencia y mis deseos de muerte formaban parte de no querer hacerlo. He sentido que ya tuve suficiente para una vida, pero, de algún modo, persiste la sensación de que no ha terminado ni se ha completado. Eso me ha hecho seguir adelante tanto como cualquier otra cosa. Hay algo más por hacer. No creo que tenga que ver con los eventos mediáticos o la televisión, ni con nada por el estilo. En algún momento, hace mucho tiempo, sentí que tenía que ver con la sanación. Tengo que sanarme a mí mismo, desde luego. Y es evidente que el Curso es tanto para enseñar como para sanar. De alguna forma, ambas funciones son necesarias. En realidad, no están separadas, pero el énfasis puede ser distinto.

Creo que el área crucial de aplicación del Curso se encuentra en las relaciones. Es en las relaciones donde podemos demostrar un cambio de mentalidad. Hablar ante una gran audiencia no hace gran diferencia. Algunas de nuestras creencias y suposiciones hacen que, a veces, todo parezca una telenovela.

El significado de todo

En el momento en que *Un curso de milagros* comenzó, me habría definido como agnóstico. De hecho, no tenía ningún interés en la religión formal, pero también era consciente de las deficiencias de los sistemas de pensamiento psicológicos con los que estaba familiarizado. Me daba cuenta, en cierta medida, de que el emperador estaba desnudo. Éramos muchos los que, en el ámbito académico, exponíamos nuestros diversos puntos de vista teóricos. Pero no había nadie que supiera integrar todo esto de una manera significativa para modificar la naturaleza de nuestra vida.

Cuando comenzó el Curso, empecé a reconocer que las verdaderas emociones —el miedo y el amor, de las que habla con tanta sabiduría y perspicacia— son las dos únicas emociones que importan. Si podía aprender a dejar ir el miedo, experimentaría automáticamente el amor, porque esa es nuestra realidad natural. A medida que continuaba aprendiendo a hacer a un lado mi propia actitud defensiva, me di cuenta de que, en esencia, el Curso se refiere al deshacimiento. Es un curso acerca del perdón, vale decir, perdonarnos a nosotros mismos y a los demás por las equivocaciones que hemos cometido. Enseña, además, a no aferrarnos a esos errores para así no acrecentar nuestro sentido de culpa y falta de valía. Si seguimos siendo tal como Dios nos creó, entonces, sin duda, siempre somos valiosos.

En este sentido, el «pecado» puede verse, lisa y llanamente, como un error que necesita ser corregido. Por otro lado, si creemos en el pecado en su acepción tradicional, creemos en la culpa y el castigo. Sin embargo, un error es algo que siempre puede cambiarse y corregirse. Los errores no merecen culpa ni castigo, sino más bien perdón, amor y milagros. Ese es uno de los conceptos fundamentales del Curso, que ha sido muy útil para mí y para muchas otras personas.

Mientras trabajábamos con Helen en el Curso, yo no dejaba de preguntarme dónde se integraba este material dentro de los principales sistemas de pensamiento metafísicos y de las religiones dominantes del mundo. Pensaba que los aspectos espirituales del Curso tenían un tremendo sentido. Dado que mi propia formación era bastante deficiente, de inmediato comencé a buscar libros sobre este tema. Como mencioné antes, no tuve que buscar mucho, porque estos libros aparecían ante mí.

En cierta medida, dondequiera que iba parecía haber libros relevantes. Esta es la razón por la que, además, pude leer bastante literatura mística tanto de Oriente como de Occidente. Hasta cierto punto me familiaricé con las enseñanzas del Vedanta hindú, la obra de Aldous Huxley y su «filosofía perenne», las enseñanzas budistas y cosas por el estilo. Como resultado, pronto me di cuenta de que existía una enseñanza universal que tenía cierta similitud con el Curso.



Bill

Pero, si bien descubrí que todos parecían estar hablando de conceptos similares, no había modo de que yo pudiera unificarlos. En *Un curso de milagros* encontré algo que me parecía bastante distintivo, puesto que no solo era una integración y una síntesis de todos estos conceptos tanto orientales como occidentales, sino que, además tenía una forma práctica de ejercitar y aplicar los conceptos a la vida. Y para mí, esto era muy diferente. Seguí pensando: «Debe haber algo más que sea como esto». Sin embargo, no pude encontrarlo. Para mí, no hay nada que ensamble estas ideas con la claridad que ofrece el Curso. No solo expone con precisión el desarrollo de estos conceptos en el *Texto*, sino que proporciona además una herramienta o técnica muy específica para el aprendizaje del material. Este meticuloso programa de aprendizaje se encuentra en el *Libro de ejercicios* con sus 365 lecciones, una para cada día del año; y en el *Manual para el maestro*, con su orientación personal y su clarificación de términos.

Un curso de milagros es, por lo tanto, una guía para la transformación personal y espiritual. Se basa en la creencia de que existen dos sistemas de pensamiento distintos. Uno se conoce como el mundo de la percepción, que es este mundo. El otro se denomina el mundo del conocimiento, que es el mundo de Dios y que no requiere ninguna acción de nuestra parte. De hecho, el mundo del conocimiento es inefable. Simplemente es, y es algo que no podemos describir, pero sí experimentar. El mundo en el que vivimos cada día, y en el que estamos atrapados, es el de la percepción. Es el mundo del cambio permanente, del miedo y de la culpa, un mundo de caos constante. Aquí es donde el cambio es posible, porque se puede mirar este mundo de otra manera. El Curso está diseñado para ayudarnos a tomar conciencia de ello y practicar el camino que nos lleva del mundo de la percepción al del conocimiento a través de una serie de lecciones muy específicas que se presentan en el Libro de ejercicios.

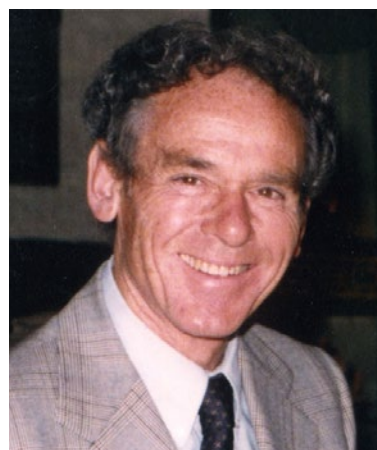
El Curso también establece una distinción muy importante entre las dos emociones que experimentamos. Recuerdo haber quedado muy impresionado cuando esa distinción apareció por primera vez en el *Texto*. Decía: «El miedo y el amor son las únicas emociones que eres capaz de experimentar» (T-12.I.9:5). Luego continúa diciendo: «Una la inventaste tú y la otra se te dio» (T-13.V.10:1). Cuando leí eso, resonó en mí con una inmensa sensación de «¡por supuesto!». Toda esta complejidad que hemos introducido en la psicología, intentando elaborar jerarquías y listas de emociones, en realidad no es el mejor enfoque ni para entenderlas ni para abordarlas. En verdad, solo hay dos emociones: el amor y el miedo. Por eso, si me siento enojado, es porque primero me he sentido amenazado, es decir, temeroso. No podría sentirme amenazado si antes no hubiera experimentado miedo. Esto es cierto para casi todas las emociones que denominamos negativas. La mayoría de nosotros va por la vida diciendo que quiere amor, pero al aferrarnos a nuestra culpabilidad y al miedo, bloqueamos sin más nuestra conciencia del amor. El amor siempre está ahí, no cambia. Solo espera que lo reconozcamos y decidamos derribar los obstáculos que impiden su presencia. Por eso creo que el Curso, en los ejercicios que practicamos, hace una

distinción muy marcada entre estas dos emociones. Se nos enseña, poco a poco, a dejar el miedo atrás y a aceptar el amor como nuestra herencia natural.

De todo corazón, creo que si las enseñanzas del Curso se practicaran con mayor profusión, habría una solución para la guerra. No habría razón para atacar a nadie, porque comenzaríamos a reconocer que todo esto es algo que hemos fabricado en nuestras mentes. Sabríamos que estamos percibiendo desde un error. «La proyección da lugar a la percepción» (T-13.V.3:5); primero miramos hacia adentro y luego miramos hacia afuera. Así que los enemigos no están ahí fuera. En realidad, los enemigos son nuestras propias necesidades, deseos y frustraciones, que atribuimos ya sea a otras personas, a naciones o a instituciones, cualesquiera que sean. La verdad es que no cambiamos a nadie excepto a nosotros mismos. Y sé que eso ya es un trabajo enorme. Pero al transformarnos a nosotros mismos, y al invertir la mirada temerosa con la que percibimos a los demás, ya estamos haciendo una contribución cuya valía es imposible de estimar. Es como un efecto expansivo. A medida que modifico mis pensamientos y mis actitudes, hay un impacto sobre las personas cercanas a mí, y eso las ayuda. Creo que esto es real para todos nosotros. Es una vía acumulativa para cambiar nuestra percepción del miedo al amor, de la guerra a la paz, a través de una práctica constante. Pienso que esto es justo lo que Madre Teresa intenta, fiel a su propio estilo, y el poder de esa pequeña dama es, sin duda, indiscutible.

Aunque en el Curso hay varios aspectos como este, que son muy distintivos, resulta evidente que el énfasis principal está en el perdón, un tema que es transversal en los tres volúmenes. El perdón es lo único que se nos pide practicar si queremos despertar de nuestro sueño, es decir, del mundo de la percepción y el miedo. De algún modo, tenemos que aprender a perdonar a los demás y a nosotros mismos, y a abandonar nuestra creencia en una realidad de culpa y temor. De hecho, el Curso es muy explícito acerca de la importancia del perdón y afirma sin reservas: «La manera de llegar a Dios aquí es mediante el perdón. No hay otra forma» (L-256.1:1-2). Además, el énfasis está en hacerlo aquí y ahora, en las relaciones en las que estamos involucrados. Al sanar estas relaciones mediante el perdón, reconocemos que no podemos avanzar si no hacemos todo lo posible para liberar y dejar ir nuestros sentimientos negativos hacia nosotros mismos y los demás. Y así es como despertamos a Dios.

Es alentador, también, darnos cuenta de que no se nos pide hacer esto por nuestra cuenta, porque Dios está listo para ayudarnos en el mismo momento en que estemos dispuestos a recibir ayuda. Lo único que tenemos que hacer es pedirla. Por ende, vemos o experimentamos invariablemente la ayuda que recibimos de Dios como un milagro. «Tienes derecho a los milagros» (L-77.1:1), sin importar cuál sea tu error o necesidad.

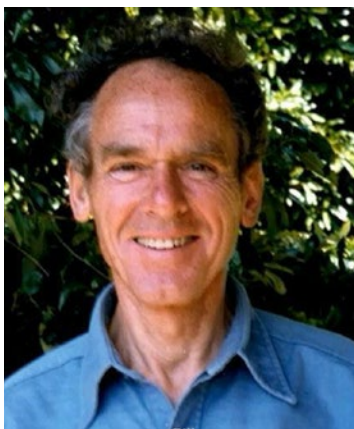


Bill

En la sección denominada «Principios de los milagros» que se encuentra al inicio del *Texto*, el Curso explica: «No hay grados de dificultad en los milagros. No hay ninguno que sea más ‘difícil’ o más ‘grande’ que otro. Todos son iguales. Todas las expresiones de amor son máximas» (T-1.I.1:1-4).

Además, es importante entender que un milagro no es en absoluto algo sobrenatural. De hecho, los milagros son muy naturales, y cuando no ocurren es porque algo ha salido mal. Tal como se afirma, un milagro es una expresión de amor, y el amor es felicidad. Así que el Curso nos lleva a

ser felices. La felicidad no es sino experimentar alegría y convertirla, de manera natural, en una parte consistente de nuestras vidas; no hemos de sentirnos culpables por aprovecharla solo en momentos fugaces. El Curso dice que nuestra realidad natural es jubilosa y amorosa. Pero nos hemos enseñado algunas nociones muy extrañas y ajenas a nosotros. Así que, en realidad, gran parte del Curso trata sobre cómo desaprender las cosas perjudiciales que nos hemos enseñado a nosotros mismos y que se interponen en el camino de sentirnos felices y alegres. A medida que comenzamos a abandonar estas interferencias, que nosotros mismos fabricamos, comenzamos a experimentar lo que es natural para nosotros. Y eso solo puede ser amoroso y jubiloso. Este Curso es un conjunto de libros muy profundos, y me resulta bastante difícil tratar de resumir en qué consiste todo este material.



Bill

Una pregunta sobre *Un curso de milagros* que surge a menudo es: «¿Por qué el Curso llegó en ese momento y en un formato cristiano?». Poco antes de que Helen comenzara a tomar notas del Curso, recibió una serie de pensamientos afines que abordaban la primera parte de la pregunta. Como afirma en su autobiografía: «La situación mundial estaba empeorando en un grado alarmante. Personas de todo el mundo estaban siendo llamadas a ayudar, y estaban haciendo sus contribuciones individuales como parte de un plan general preestablecido... debido a la emergencia tan aguda, el lento y habitual proceso evolutivo estaba siendo pasado por alto en lo que podría describirse como una ‘prisa celestial’». A Helen se le pidió que cumpliera su parte escribiendo el Curso, y mi parte estaba, claro está, asociada a la suya.

Otro mensaje especial que Helen recibió con anterioridad al material del Curso, y que aborda la segunda parte de la pregunta, afirmaba que el cristianismo ya no era particularmente cristiano debido a las numerosas distorsiones que se habían adentrado en nuestra comprensión de sus conceptos y enseñanzas. Debido a esto, era necesario redefinir algunos de estos términos y conceptos para que resultaran más significativos en el contexto actual.

Según mi entender, esto es justo lo que el Curso intenta hacer: restaurar el significado y el mensaje original del cristianismo. Sin embargo, lo hace combinando las miradas espirituales y psicológicas, y desde un firme acercamiento ecuménico.

Así que, aunque el Curso utiliza terminología cristiana, transmite verdades espirituales universales, y quizás esto explica por qué personas de diferentes creencias han encontrado en él un valor significativo. Además, quienes consideraban limitante el vocabulario cristiano y su formato masculino, han descubierto que el uso de la palabra «Espíritu» —un término del todo natural y andrógino— resuelve cualquier problema. Creo que el Curso lo expresa muy bien cuando dice: «Una teología universal es imposible, mientras que una experiencia universal no solo es posible sino necesaria» (C-in.2:5). En este sentir, el Curso no habla de la religión institucional ni aconseja a nadie que abandone la fe que profesa, ya sea simbolizada por una iglesia, un templo, una sinagoga, una mezquita, o cualquier otra cosa. En lugar de ello, el Curso convoca a una unión espiritual y a una disposición para abandonar la sensación de separación entre nosotros y con Dios. Por eso me ha impactado cuán ecuménico es el Curso; su propósito no es aumentar nuestro sentido de separación, sino reunir a las personas de una manera amorosa e igualitaria.

Respecto a la voz interior que Helen escuchaba y consideraba como la de Jesús, creo que tanto

Helen como Ken sentían que tenían una relación mucho más personal con Jesús que la que yo tenía. Y siempre me resultó difícil identificar el Curso en términos de una persona específica. Si se hablaba del Espíritu Santo, Jesús, Cristo o Autoridad Superior, cualquiera que fuera el término, me parecía que estábamos hablando a un nivel que está más allá de la conceptualización. En efecto, yo no podía determinar o identificar eso, excepto que sabía que iba mucho más allá de nuestros egos. No tenía nada que ver con nuestro estado ordinario de conciencia. Por eso creo que yo fui más renuente a hablar en términos bíblicos muy específicos.

En cuanto al futuro de *Un curso de milagros* en sí, no tengo ninguna duda al respecto debido a los eventos milagrosos de su origen y a lo lejos que ha llegado desde entonces. Su número de lectores ha crecido a un ritmo vertiginoso. Hoy en día, hay más de un millón de ejemplares en circulación a nivel internacional, con decenas de miles de personas participando en grupos de estudio en todo el mundo. Siento que es inevitable que cualquier cosa que sea una afirmación de la verdad cosechará una audiencia muy amplia. Sin embargo, en el Manual para el maestro, el Curso afirma que es solo uno de muchos acercamientos a la verdad, que es «una forma particular del curso universal» (M-1.4:1) y que «existen muchas otras formas, todas con el mismo desenlace» (M-1.4:2).

Para concluir, y en lo personal, el Curso cambió mi vida por completo. Todavía sigo practicando el material. No puedo decir que ya tenga días en los que me encuentre totalmente libre de volver a deslizarme en pensamientos de miedo. Pero ahora reconozco la diferencia y creo que, cuando surgen, soy capaz de responder sin demora; tal vez hasta pueda reírme de ellos. Quizás esta sea la manera más efectiva de lidiar con muchos de estos miedos imaginarios que hemos inventado en nuestras vidas. Puedo decir con total sinceridad que el Curso ha ido más allá de todo lo que jamás imaginé, y eso me llena de alegría. Algo que sea tan útil para tantas personas y para mí, por supuesto, debe estar en el mundo con la mayor distribución posible. Sé que tanto Helen como yo nos sentimos complacidos de haber podido desempeñar nuestro papel. Muchas otras personas desempeñan ahora roles en la difusión de las ideas y los conceptos del Curso en múltiples áreas. Así que espero que *Un curso de milagros* nos ayude a alcanzar un mayor sentido de armonía y amor en nuestras relaciones personales, una conciencia que se abra a la posibilidad de estar en paz con nosotros mismos y con los demás, y a lograr una verdadera paz en el mundo.



Bill fue entrevistado en 1982, y a partir de allí surgió esta historia de vida. Quienes lo conocimos, vimos un cambio notable en él desde entonces hasta su fallecimiento en 1988.

Bill, los últimos años

Bill vivió seis años más después de completar la escritura de su historia de vida. Continuó estudiando y practicando el Curso. Su evolución final hacia un estado de alegría y paz fue evidente.

En 1981, Bill no gozaba de buena salud. Tuvo que someterse a varias operaciones quirúrgicas para reparar la arteria carótida y requirió ayuda durante su recuperación. Patricia Hopkins, una amiga cercana, asumió con gracia ese papel. Ella y Bill vivieron juntos de 1982 a 1986. Hoy, Patricia describe a Bill como una persona amable, gentil, introvertida, con una integridad inmensa y un encantador sentido del humor. Cuenta que, durante los años que compartieron, dedicaban una hora diaria a leer el *Texto* y hacer una lección del *Libro de ejercicios* junto con amigos como

Frances Vaughan, Roger Walsh y Jerry Jampolsky. Bill también asistía a otra reunión semanal del Curso. Cada noche, solía leer algo de su biblioteca metafísica. «Esta lectura al final del día era casi un ritual. Nunca dejaba de hacerlo, incluso si habíamos salido por la noche y regresábamos tarde a casa».

Para 1986, Bill se sentía muy cerca de un grupo de amigos que vivían en La Jolla, California. Decidió mudarse allí solo, pues anhelaba una vida menos estructurada. Gran parte de la información que sigue proviene del libro *Nunca te olvidas de reír*, escrito por Carol Howe, otra de sus amigas cercanas. Esta obra narra la vida de Bill, incluidos sus últimos años.

En La Jolla, Bill se unió a un grupo diario del Curso, dirigido por Jack y Eulalia Luckett, una alegre y entusiasta pareja. A medida que avanzaba en su trabajo interno, surgió un Bill más juguetón y desenfadado. Era como si al fin estuviera reviviendo la infancia que nunca tuvo debido a su afección cardíaca. Las defensas que había adoptado como académico, intelectual y coescriba del Curso comenzaron a desvanecerse. Dejó atrás esos roles y se volvió más libre. Incluso su homosexualidad encontró más espacio para expresarse. En su libro, Carol escribe: «Bill poseía un magnetismo silencioso pero intenso que impresionaba y atraía tanto a mujeres como a hombres. Sus antiguos amantes, al igual que sus amigos ocasionales, le fueron leales y respetuosos hasta el final».

Siempre tuvo un sentido del humor excepcional. En sus primeros años, Patricia Hopkins sentía que, bajo ese humor, había también una melancolía, como si estuviera sopesando el valor de seguir viviendo. Pero en sus últimos años, Bill floreció. Jack Luckett describe la fiesta de su 65° cumpleaños como «el punto culminante de su fase más vivencial. Ese día, Bill participó con entusiasmo y carisma, permitiendo que cerca de setenta personas le expresaran cuánto lo apreciaban, mientras él abrazaba a cada una de ellas durante más de un minuto». Aceptar una muestra de afecto tan pública era algo de lo que antes habría huido.

Según los testimonios de muchos testigos, al final de su vida terrenal, Bill se había convertido en un auténtico partícipe de su propia vida. Era flexible, alegre y libre. Gran parte de su humor surgía ahora de reconocer la falta de sustancia del miedo y lo absurdo de tomarse a sí mismo demasiado en serio.

Bill se dio cuenta de que ya no necesitaba escapar de nada ni nadie, sino que podía dejar de lado un disgusto como si fuera una pesadilla ya sin valor ni importancia. Eligió no ser un prisionero. Permitió que los resentimientos, los miedos y los viejos hábitos se disolvieran, y ahora experimentaba la verdad de su ser. Al adoptar el objetivo de «una mejor manera», se encontró en un camino que lo llevaba directamente al corazón del Amor Mismo. Había ayudado a Helen a tomar notas de algo que era para el mundo, y ese algo se convirtió en su senda de regreso a casa.



Bill

EPÍLOGO

Por Judith Skutch Whitson

El 4 de Julio de 1988, Bill estaba en Belvedere, California, visitándonos a Whit, mi esposo, y a mí. Íbamos a celebrar la fiesta del Día de la Independencia en honor a Bill. E iban a asistir alrededor de 36 de sus amigos.

Bill llegó desde San Diego la tarde anterior. Jerry Jampolsky lo recogió en el aeropuerto. Cuando llegaron, noté la mirada sorprendida de Jerry. Miraba a Bill con asombro. Bill me saludó con tanto entusiasmo que yo también me quedé atónita. Era tan diferente a su personalidad habitual que, si bien amistosa, era reservada y algo rígida. Cuando Jerry se fue, tuve que llegar al fondo del misterio.

—Bill, ¿qué pasa contigo? —le pregunté mientras él bailaba alrededor de la sala. Levantó ambos brazos con alegría en tanto se balanceaba al ritmo de su propia música interior.

— ¡Soy libre, soy totalmente libre! —exclamó.

Whit y yo insistimos en que nos contara qué estaba pasando y nos dejó saber, sonriente todo el tiempo, que ya no sentía más culpa ni más resentimientos y que había perdonado todas sus relaciones y a sí mismo. Eso había sido un gran desafío.

— ¿Desde cuándo ha estado pasando esto? —le pregunté.

—Oh, solo unas pocas semanas —respondió.

Parecía importante llegar a la fuente de este cambio tan importante de actitud.

— ¿Cómo lo lograste? —preguntamos.



Bill

Bill explicó que, después de años de practicar *Un curso de milagros*, parecía haber tomado la decisión irrevocable de que ya no lo demoraría más. Llamó a todas las personas a las que les guardaba resentimientos, expresando sus sentimientos erróneos y les pidió perdón.

—Fue fácil —dijo.

Todos se alegraron de saber de él y manifestaron que no había nada que perdonar. Conociendo a Bill tan bien, mi esposo y yo enumeramos verbalmente las personas a las que él habría llamado. Para cada una de ellas, él nos dio cuenta de su percepción corregida. Luego sobrevino el gran final.

— ¿Qué hay de Helen? —le pregunté—. ¿Sientes que completaste el trabajo con ella?

Los ojos de Bill se humedecieron y de repente se puso serio. A continuación, describió una visión que había tenido unas noches antes, donde se unió con Helen en un estado de atemporalidad y

ella apareció sonriendo como una sacerdotisa resplandeciente con una larga túnica blanca. Ella extendió sus brazos hacia él; su rubio cabello veteado brillaba con un hermoso resplandor. Sus manos se tocaron y él sintió las palabras internas: «sanado, sanado, sanado». Dijo:
—La amaba muchísimo y mi gratitud era infinita.

Pasamos el resto de la velada maravillándonos, y Bill le explicó a Whit que al fin era «flexible», o «flexi-Bill», usando su ingenio para los juegos de palabras. Se refería a un término del PAS (Sistema de Evaluación de Personalidad) con el que él y Helen trabajaron durante muchos años. En ese contexto, le estaba comentando a Whit, que compartía con él un profundo interés por esa herramienta psicológica, que había experimentado un notable cambio en su personalidad. Nosotros, sin duda, podíamos dar testimonio de ello.



Bill

A la mañana siguiente, durante el desayuno, noté que Bill seguía irradiando alegría.

—Bueno —le pregunté— ¿sigues sintiéndote libre?

—Por supuesto —respondió—. ¿Acaso no es hoy 4 de julio, el día de la independencia?

Un momento después, le pedí que me acompañara al mercado para comprar algunas cosas que necesitaba para la fiesta que tendríamos más tarde ese día. Prefirió que yo fuera conduciendo mientras él hacía su caminata matutina y que nos encontráramos en la tienda. Debí haber fruncido el ceño pensando que, si llegaba tarde, tendría poco tiempo. Bill me tranquilizó:

—No te preocupes. Si no llego, vuelve a casa sin mí.

De repente, me quedé inmóvil y un escalofrío recorrió mi cuerpo. Conmovida, rodeé su cintura con mis brazos y apoyé mi mejilla en su pecho.

—¡Bill, nunca volveré a casa sin ti! —recuerdo haberle dicho.

Bill se fue a caminar; yo tomé las llaves de mi automóvil y le dije a mi esposo que volvería pronto. Al subir al auto, vi que llegaba una ambulancia a la casa de al lado. Entonces vi a Bill tendido en el suelo, boca arriba, y a su lado estaba el cirujano que vivía en la casa vecina. Caminé hacia él, aturdida, y me dijeron que Bill se había desplomado y fallecido de súbito. Yo estaba en estado de shock mientras organizaban su traslado al hospital para la revisión médica final. Whit vino y acompañamos a Bill a una habitación llena de luz para estar con él. Llamamos a algunos de sus amigos más cercanos para que vinieran a rezar. Los doctores Jerry Jampolsky y Diane Cirincione, los doctores Frances Vaughan y Roger Walsh y nosotros nos sentamos junto al cuerpo de Bill y elegimos pasajes del Curso para leer en voz alta. Permanecimos en silencio, agradeciéndole por su amor, su amistad y su gran servicio.

Como era demasiado tarde para cancelar la fiesta de la tarde, regresamos a casa en estado de incredulidad, para organizar la reunión. A medida que los invitados llegaban, les contábamos lo que había sucedido y todos decidieron compartir unas palabras de aprecio por Bill, en una especie de homenaje improvisado. Todos estaban muy pensativos acerca del cambio profundo que habíamos presenciado en él. La cena transcurrió en calma mientras los amigos asimilaban los acontecimientos del día. Nos reunimos en nuestro hermoso balcón sobre la bahía, con vista a San Francisco. De repente, el cielo nocturno se llenó de fuegos artificiales. ¡Qué apropiado!, coincidimos todos: ¡Bill se despedía con un estallido de gloria!

¿Acaso Bill experimentó en verdad «el sueño feliz»? ¿Había cumplido su función aquí y sanado su relación con Helen? ¿Había finalizado con éxito su práctica del Curso, respondiendo así a su búsqueda de la «otra manera»? Whit y yo llegamos a la conclusión de que sí, sin duda lo había logrado. Al final, Bill se encontraba en un estado de perdón hacia él mismo y hacia el mundo; estaba lleno de la luz del amor y manifestaba una alegría y una paz supremas.



Bill, Judy y Whit

Primero soñarás con la paz y luego despertarás a ella. Tu primer intercambio de lo que has hecho por lo que realmente deseas es el intercambio de las pesadillas por los sueños felices de amor. En ellos se encuentran tus verdaderas percepciones, pues el Espíritu Santo corrige el mundo de los sueños, en el que reside toda percepción (T-13.VII.9:1-3).

El único regalo que el Padre te pide es que no veas en la Creación más que la esplendorosa gloria del regalo que Él te hizo. Contempla a Su Hijo, Su regalo perfecto, en Quien su Padre refulge eternamente y a Quien toda la Creación le ha sido dada como propia. Y puesto que dispone de Ella se te da a ti. Por lo tanto, contempla tu paz allí donde la Creación se encuentra en él. La calma que te rodea mora en él, y de esa quietud emanan los sueños felices en los que vuestras manos se unen candorosamente (T-29.V.5:1-4).

Gracias, queridísimo Bill, por permitirnos a todos compartir este milagro contigo. Que tú y Helen conozcan la perfecta Unicidad.

Para más información sobre la vida de Bill, tal vez te interese leer *Nunca te olvides de reír*, la biografía escrita por su amiga Carol Howe.